

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA DE MADRID; Revista de Teatros; Noticias de Madrid.—SEMANA CIENTIFICA; Viage al Japon.—SEMANA JUDICIAL.—Crímenes célebres; Noche de carnaval.—SEMANA HISTORICA; Historia contemporánea.—SEMANA LITERARIA; Juicio del año; El último abate, conclusión.—SEMANA RELIGIOSA; La traslación del cuerpo de Santiago apóstol; Funciones religiosas en estas pascuas; Efemérides religiosas.—ESCENAS ITALIANAS; Los bandidos de los Estados romanos.—SEMANA MOSAICO; anécdotas, máximas, calendario atmosférico, gaceta devota, calendario de la semana, escenas de la vida positiva, logogrifo, solución del anterior, etc.

Este número lleva diez y siete grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

EXTERIOR. Una mayoría bien compacta ha concluido al fin con la cuestión del impuesto de las bebidas aprobándolo, y poniendo fin á este pretexto de alarmas ó hipócritas declamaciones. Esta contribucion era vital para el tesoro público. Larga ha sido, muy larga, la discusión, en donde lo mas notable ha sido el elocuente discurso de Mr. Montalambert. El gran partido del orden ha permanecido firme, y ha hecho justicia de los Es- que solo es turbulenta é intolerante en las sesiones, porque no se atreve á ser facciosa aun. A pesar de tantos elementos de fuerza, está muy lejos de ser estable el estado actual de la Francia. Mil sordas intrigas se cruzan en estos momentos alrededor del poder ejecutivo, y la posición del presidente Luis Napoleón es grave. Muchos partidarios del último reinado, que habían huido del peligro, y que habían abandonado la dinastía de Luis Felipe, á quien tal vez habían contribuido á perder con sus desaciertos, levantan nuevamente la cabeza, aunque no completamente de acuerdo, pues unos están por el conde de París, y otros por el príncipe de Joinville. Han hecho profundísima sensación los artículos de la *Revista de los dos mundos* y del *Diario de los Debates* en que han manifestado á la Francia que la familia de Orleans se consideraba siempre como investida del mandato que le había conferido la elección del 7 de agosto de 1830, y que consentía en permanecer pasiva mientras los partidarios de la rama primogénita no traten de hacer prevalecer su principio.—Los partidarios de este principio, los legitimistas se oponen y trabajan.—Ambos partidos tienen sus agentes en la misma Asamblea nacional. La montaña ve las profundas disensiones que dividen una mayoría tan heterogénea en sus sentimientos y en su origen, y la posibilidad de volver á apoderarse del poder que el desprecio público le arrancó hace un año. Los escritos socialistas pululan por todas partes, y el horizonte se va cargando para el año de 1850.

El Austria cada vez va levantando mas el tono en las notas que dirige sobre la cuestión alemana, amenazando arrojar su espada, humeante aun con la sangre de la Hungría y de la Italia, en la balanza en que se pesa los destinos de este país. La Prusia toma sus medidas de precaucion para proteger la libertad alemana, sospechando de las intenciones de la Rusia, que acumula sobre sus fronteras grandes reservas, almacenes, cuerpos de ejército, y todo el tren para una grande guerra.

Evidentemente hay hoy en Alemania un peligro para la conservación de la paz del mundo.

En Italia, aunque comprimido fermenta el espíritu revolucionario. Radezky ha pedido nuevos trenes, y se prepara á sofocar cualquier movimiento que sería fatal á la Italia, en la próxima primavera.

Felizmente para la tranquilidad de ese hermoso y desgraciado país, la crisis parlamentaria del Piamonte ha tenido la solución que deseaban los amigos del orden y de la paz. Las elecciones generales han dejado fuera de la cámara á esos *bravi* políticos mas valientes en proclamar desde la Asamblea la guerra, y el principio de insurrección que de hacerlo triunfar delante de los granaderos austriacos.

El general francés Baraguay Hilliers ha conseguido un éxito feliz en su entrevista con Pio IX en Pórti-

ci. Parece positivo que el pontífice volverá á la capital del mundo cristiano para el día 2 de enero, día grande y célebre en los anales del cristianismo, pues es el aniversario de la toma de Granada á los árabes por los reyes católicos, suceso no solo grande para la España, sino tambien para la cristiandad, pues se le dió en aquel entonces tanta importancia que se creyó podia contrabalancear la pérdida de Constantinopla tomada en aquel tiempo por los turcos!

En Civitavecchia en Roma se había anunciado públicamente tan fausto suceso.—¡Aguardamos la realización de este hecho, tantas veces con seguridad anunciado, tantas veces por repentinas complicaciones suspendido!

INTERIOR. Ninguna novedad ha alterado la gran tranquilidad y paz de que se disfruta en todas las provincias de la Monarquía, donde como en Madrid todas las clases se han entregado con el mayor placer á las diversiones, que lleva consigo la celebracion de la Navidad. Gran vida, gran movimiento se ha manifestado en todos los puntos, y el signo mas positivo del bienestar es el contento general, la animacion con que han estado constantemente en estos dias festivos concurridos todos los espectáculos.

Los cuerpos colegisladores han permanecido cerrados en estos dias y solo el Senado ha celebrado dos sesiones, discutiendo la ley penal de contrabando, y el Congreso de los diputados se ocupó el día 28 y 29 de una interpelacion del señor Galvez Cañero, porque el gobierno por decreto de 3 de diciembre ha mandado que desde 1.º de enero de 1850 rijan para el servicio del estado los presupuestos presentados y examinados por la comision general. El señor ministro de Hacienda contestó probando lo justo y acertado de su disposicion.—El señor Lujan tomando la cuestion como de prerogativa de las cortes, á quien por la constitucion toca la votacion de los presupuestos, atacó como inconstitucional el decreto. El ministro de Hacienda le contestó, y despues de un ligero discurso del señor don Evaristo San Miguel, se pasó á la órden del día. Antes de entrar en ella hizo una interpelacion sobre el estado en que se hallaban las pagas de la dotacion del culto y clero, á que satisfizo el ministro de Hacienda asegurando que desde 1.º de julio se cumplia con el pago de su asignacion, no habiéndose hecho antes porque la ley fué aprobada en últimos de mayo.—La órden del día era la discusion del voto particular del señor Moron sobre la contabilidad, cuyo voto impugnó en un interesante y correcto discurso el señor Olivan. Al día siguiente 29, despues de haberse dado cuenta de algunas peticiones, defendia su dictámen el señor Moron.

Segun los trabajos preparados, las tareas legislativas no comenzarán con todo vigor sino con el nuevo año de 1850.

Dentro de muy pocas horas contaremos un año mas. Tendremos que agregar otro año á los que el pasado ha hundido en su eterno abismo. Pronto el desapiadado reloj dará sobre la campana el golpe fatal que separa el año espirante del año que empieza. El año 1849 pertenecerá dentro de pocas horas á la historia, y su historia ha quedado marcada con sangre para muchas naciones. Felicitémonos nosotros porque mientras durante el periodo de 1849 la vieja Europa se agitaba, y aun se agita convulsivamente, destrozada por tantas pasiones y tantas ambiciones, esta monarquía, que por tantos años ha sido presa del desorden, de la confusion y de la guerra civil, ha entrado en la via de los gobiernos firmes, estables y regulares. No es seguramente una de las menos admirables contradicciones de una época tan rica, tan fecunda en contrastes y en peripecias imprevistas. El gobierno constitucional funciona en medio de la paz, de la tranquilidad mas completa, prenda segura de que un porvenir mas próspero acabará de cicatrizar las llagas de este país, que hasta ve prepararse un gran suceso para el próximo año; suceso que tanta influencia ha de tener en sus destinos, que tantas cuestiones va á resolver, que llenará de júbilo á los pueblos, y de felicidad á la familia de nuestros reyes!!!

Ojalá en el año de 1850 que tan lisonjero se anun-

cia, vea la nacion acrecentarse su prosperidad, y asegurada la sucesion directa del trono, como es de esperar del interesante estado en que se halla la augusta reina doña Isabel II.

ACTOS DEL GOBIERNO.

No ha publicado la Gaceta oficial, real decreto ni orden alguna que contenga ninguna resolucion de interés general.

REVISTA DE MADRID.

De tres cosas se ha ocupado en la anterior semana el público entero de Madrid, sin distincion de clases, sexos ni condiciones: del frio, de las comidas y de las funciones de Noche-Buena. Podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que de estas tres ocupaciones, la primera como indeclinable y forzosa, las otras dos como inseparables del bullicioso tiempo en que vivimos, no ha prescindido en estos dias ningun habitante de la capital de España, por mucha que sea su escentricidad, por grande que sea su aversion á ocuparse de las cosas presentes.

Porque, en efecto, no basta la escentricidad mas completa, no basta la extravagancia mas decidida para dejar de sentir los sùtiles y penetrantes aires que nos ha enviado en estas Pascuas la nevada sierra del Guadarrama. Ni basta el mas firme propósito de no comer en mesa estraña para sustraerse al compromiso de cenar en familia la Noche-Buena y de saborear al siguiente día en alguna casa de confianza los pavos cebados y los esquisitos turrone de Navidad. ¿Y quién es, en fin, el que haya podido resistir durante tres dias á la poderosa tentacion de tantos anuncios de comedias, y no haya tomado, segun se lo permitan sus facultades pecuniarias ó su influencia en los despachos de billetes, un palco en el teatro Español ó un asiento de tertulia en el Teatro supernumerario de la Comedia?

Hé aqui pues la vida de Madrid durante la última semana de 1849. Comer bien; beber mejor; divertirse mucho; trabajar poco; recorrer las calles; pasear la Plaza mayor; concurrir al teatro; darse mil felicitaciones.... todo esto á favor de un embozo que cubre la parte superior de las orejas ó de una piel que quiere empujar las alas del sombrero, jatravesando las calles á buen paso; limitando todas las conversaciones de acerca al siguiente diálogo!

—¡Chico que frio hace!

—Ya, ya....

Y despidiéndose á toda prisa para sustraerse á la desagradable impresion de los vientos que corren de ordinario por las calles de esta capital.

Tal es, volvemos á repetir, la historia de Madrid durante la anterior semana. En ella han faltado los saraos; pero ha habido reuniones de confianza. Han faltado los buffets; pero ha habido pavos y turrone. Ha faltado la ópera italiana; pero ha habido chicharras españolas. Ha faltado el paseo del Prado; pero ha habido patines en el Retiro. Y en fin podrá haber faltado *dinero*; pero ha habido numerosos y frecuentes *aguinaldos*.

¡Y cómo podia faltar el aguinaldo! ¡El aguinaldo, que es una institucion tan antigua como el mundo! ¡El aguinaldo, que tiene á su favor las tradiciones de todos los pueblos y el asentimiento unánime de la historia!

Porque á decir verdad, vds. no comprenderian esa facultad, que cada cual se atribuye en estos dias para pedirles dinero sin tener siquiera *el gusto* de conocerlos, á no saber que este atentado contra el bolsillo está justificado por la tradicion y por la historia. Es una costumbre histórica; solo nos toca enmudecer ante una consideracion tan poderosa.

Hombre de agudo ingenio y de gran entendimiento debió ser el primero que apellidó á la historia el compendio de la razon humana.

Y en efecto. ¡A cuántas cosas en este mundo no se les conoce mas apoyo ni fundamento que los recuerdos de la historia! Cuando una cosa ha sucedido en el mundo por espacio de largos siglos, y vino ya de los egipcios á los persas y de los griegos á los romanos, ¿cómo es posible que deje de estilarse en los tiempos presentes?

Pues ahí tienen mis lectores la razon filosófica de esa celebridad que ha alcanzado entre nosotros el año nuevo. Es de notar, sin embargo, como nosotros, al aplicar á nuestro suelo las instituciones de los demas países, les añadimos ciertas especialidades que nos son propias, y en las que nadie nos imita. Esto que tantas veces estamos observando en nuestras imitaciones, no pudiera dejar de suceder respecto á la celebracion del año nuevo.

De los antiguos persas cuentan que comenzaban el año solar con raras y vistosas ceremonias. El mas hermoso jóven de la capital anunciaba al rey la venida del año, y otro que le seguía presentaba al mismo rey espigas y granos, de los cuales se hacia un esquisito pan que partía el rey con los nobles y altos dignatarios de estado; ofreciéndoles en este dia magníficos y suntuosos trages.—Entre nosotros no se estilan espigas, ni el rey tiene por ahora pan partido con la grandeza. Pero hay décimas en lugar de espigas, y damos monedas de plata en lugar de trages.

De los romanos se asegura que al consagrar el principio del año á Jano, la divinidad de las dos caras, recordaban en estos dias el tiempo fabuloso de la edad de oro, haciéndose presentes de frutas secas, miel y monedas de los primeros reyes, cuyo uso degeneró mas adelante en darse monedas de los reyes contemporáneos, como cosa mas usual y conocida.—Por lo visto los romanos fueron los que acertaron á resolver el problema. Y felices ellos que solo adoraban un mes al dios de las dos caras. ¿Quién es entre nosotros el que no rinde culto á esa divinidad todos los dias del año?

Dícese tambien que los chinos forman en los primeros dias del año una porcion de tiendas de papel untado de aceite, que iluminadas por la noche forman el mas vistoso y agradable aspecto: en cuyas tiendas comen y beben alegremente, conociéndose este regocijo con el nombre de la fiesta de las linternas.—Bien se deja ver que los chinos están muy atrasados respecto de la civilizacion de nuestra patria. En estos dias los chinos se emborrachan en las tiendas de campaña. Nosotros para celebrar el año nuevo, nos emborrachamos en la iglesia.

Mas ya que nos hemos entretenido en referir las solemnidades y ceremonias con que celebraban su año nuevo los griegos, los romanos y los chinos, no nos parece fuera de lugar hablar del sistema que para su celebridad hemos adoptado nosotros, sistema que es mucho mas sencillo y espedito, porque se reduce á recibir décimas impresas, y dar en cambio monedas de plata. Vamos á esplicar en breves palabras esta concurridísima solemnidad, como la esplicamos en otra ocasion y en otro lugar, porque á decir verdad la misma funcion de 1849, no corregida, pero sí aumentada, hemos visto representarse en 1850.

Por lo pronto debemos advertir que entre nosotros no tienen lugar ningunas de las solemnidades ni de las ceremonias anteriormente citadas. La celebracion del año nuevo se reduce al aguinaldo, especie de donativo forzoso no reintegrable, que en cantidad indeterminada, porque es incierto el número de acreedores y demandantes, tiene lugar el primer dia de cada año.

Sentado vd. pues en su sofá, ó muellemente reclinado en su butaca, oye repetidos golpes de campanilla, y va viendo entrar uno tras otro y en procesion solemne:

- Al repartidor de cada periódico que vd. lee.
- Al de cada obra á que está suscrito.
- Al acomodador del teatro que frecuenta.
- Al conserje de la sociedad donde asiste.
- Al mozo del café donde concurre.
- Al sereno del barrio en que habita.
- Al barrendero de la calle en que vive.
- Al portero de su casa.
- Al de la casa donde visita á menudo.
- Al oficial del peluquero.
- Al barbero.
- Al aguador.
- Al cartero.
- Al limpia botas.

Y á todo cuanto bicho viviente le presta algun servicio por el dinero que vd. le paga. No digo nada de los dependientes y criados que cada uno tenga, porque como esos están en casa, no necesitan tirar de la campanilla para pedir el aguinaldo.

Cada uno de estos amables prójimos presenta una tarjetita en que significa por medio de una décima

sus ardientes votos por la salud y prosperidad de vd. y á cada una de ellas ha de contestar con una moneda de plata, segun el uso de los tiempos que corren.

Pero feliz, mil veces feliz todavia el que en medio de este concurso de acreedores reparte pacíficamente sus pesetas sin ver atormentados sus oidos por la desagradable impresion de una música descompuesta y atronadora. Feliz el que no vé interrumpido su tranquilo sueño ó su grato almuerzo por el desordenado ruido de algun concierto infernal; porque ese tiene sobre los demas el incomparable privilegio de haber disfrutado algunos momentos de tranquilidad y de sosiego, mientras que los que no han sido tan dichosos para libertarse de la persecucion musical, corren desalados todos los rincones de la casa para no oír el eco que despiden las bóvedas de las escaleras bajo la horrible percusion del tambor y de los platillos.

Nuestros lectores comprenderán que hablamos de esa plaga que todo el mundo conoce con el nombre de la murga. Porque tambien la murga viene á pedir aguinaldo en el dia de año nuevo.

A.

Revista de teatros.

Buenas ó malas, graciosas ó desgraciadas, es la costumbre que todos los años, y en víspera de pascuas, se estrenen una porcion de cosas nuevas en los teatros, con el único objeto de hacer reír al público en los alegres dias de Navidad. Una vez llenado este objeto, la ambicion de los poetas y de los actores queda completamente satisfecha. El público tampoco exige mas, porque los teatros tienen sus fueros y libertades, segun las cuales los actores pueden hacer en tales dias aquello que mas fuere de su agrado.

Los teatros de Madrid han guardado en el éxito de sus funciones de Noche-Buena el mismo orden en que los tienen colocados hace algun tiempo la caprichosa mano de la fortuna: orden seguramente muy invertido; pero que no por ello es menos inflexible y riguroso.

Todo el mundo sabe, aunque no sea mas que por el reciente y famoso arreglo de teatros, que tenemos en Madrid cinco casas bautizadas con el nombre de tales. El teatro de la Opera, rey del gusto y de la moda en todos los países civilizados: el teatro Español, que debe ser el primero en importancia para la literatura y el arte escénico: el teatro del Drama, que le sigue á aquel inmediatamente: el teatro de la Comedia, que va despues del anterior: y el supernumerario de la Comedia, que es el último de todos. Cualquiera creería que la fortuna les ayuda y favorece por este orden: pues es precisamente al revés: la fortuna huye de los primeros para refugiarse en los últimos.

Nunca se cumplió, como en esta ocasion, aquello de que los grandes serán abatidos y los pequeños serán ensalzados.

El teatro de Variedades es hoy dia el mas favorecido, el de preferencia, el niño mimado del público madrileño. Le sigue el del Instituto, que logra tener una entrada llena en las mas de las representaciones: y viene luego el de la Cruz, que vive luchando con su amarga y dolorosa suerte. Nada decimos del Teatro Español, porque vive mantenido á costa ajena: ni del teatro de la Opera, porque sabido es de sobra que ese no puede vivir aunque lo mantengan.

Ibamos diciendo que las funciones de Noche-Buena han correspondido en esta ocasion al capricho de la fortuna. Y así creemos decir la verdad, siempre que se entienda que las juzgamos tan solo como funciones de Noche-Buena.

El teatro de la Opera se acordó en esta ocasion de que la ópera es cosa de música: y ha presentado como novedad en las noches de pascuas lo que en los tiempos presentes puede ya considerar como antigüedad—aunque muy respetable—el público de Madrid.

El Español no quiso deponer su habitual gravedad ni aun en la Noche-Buena, y *Las flores de don Juan*, bellísima comedia de Lope de Vega, refundida por el señor Escosura, no hizo todo el efecto que el público aguardaba de la solemnidad de aquella noche.

El teatro del Drama no pudo vencer su fatal destino ni aun en ese dia de gracias, y fracasó en el revuelto mar de una tremenda y espantosa silba.

Mas afortunado el del Instituto, solo oyó alguna que otra chicharra y alguno que otro murmullo.

Todavía mas feliz el de Variedades, solo encontró en el público risas y aplausos para sus dos piececitas jocosas.

Comprenderáse fácilmente que hablamos de las funciones de la noche. No hemos tenido la humorada de presenciar uno solo de los espectáculos de la tarde, entre los cuales se cita con honorífica mencion la ópera cómica del señor Olona, titulada *La Mensajera*.

Si hubiésemos de juzgar ahora las funciones de Noche-Buena bajo su aspecto literario, no iría nuestra opinion completamente de acuerdo con el éxito que han tenido. El *Memorialista* del señor Olona es un sainete en dos actos, salpicado de chistes de brocheta, sin un pensamiento dramático conocido, y lleno de inverosimilitudes que destruyen todo su interés, si es que pudiera tener alguno. Es, en fin, una broma de Noche-Buena, que logra todo su efecto de hacer reír á la concurrencia, y nada mas.

Todo lo contrario debemos decir de *Las Jorobas* del señor Cazorro, lindísimo juguete en un acto muy bien versificado, de escelen gusto, de muy buen efecto en la escena, y que encierra en su novedad y en sus chistes un pensamiento moral. Su ejecucion fué bastante esmerada por la mayor parte de los actores y en especial por el señor Catalina, único que en nuestro concepto comprendió perfectamente su papel.

Muy graciosa es tambien, aunque de un género de unas proporciones distintas de *Las Jorobas*, la comedia en tres actos del señor Pina, titulada: *A quien Dios no le dá hijos*... representada en el teatro del Instituto. Hacer á un pobre tio victima de las calaveradas de un sobrino de mala cabeza, el cual le atribuye para lograr sus propósitos una porcion de debilidades que no ha cometido y lo envuelve en una porcion de enredos y trapisondas que el buen señor no acierta á descifrar ni comprender, mediando en estos enredos una considerable porcion de faldas que juegan en ellos un papel mas ó menos importante, es un pensamiento feliz y que está bien desempeñado por el señor Pina. El único defecto de esta comedia es, prescindiendo de algunas inverosimilitudes, el haberle dado una estension mayor de la que le conviene.

Su ejecucion fué un poco menos que mediana. En los trages sobre todo habia irregularidad y falta de tino. La escena pasa en verano, y las actrices estaban abrigadas con mantones de invierno. Dos damas tapadas que deben confundirse una con otra, estaban vestidas de tan diverso modo, que nadie las confundiria á no ser ciego.

Quien de lo ageno se viste... es una piececita andaluza con todas las puntas y ribetes de estilo. En la primera mitad hay bellísimos pensamientos, escelen versos, y rasgos que la distinguen notablemente de las demas de su género: pero al acercarse á su fin, decae de una manera marcada en todos conceptos.

Es imposible juzgar de *El tejedor de Játiva* por el éxito que tuvo la Noche-Buena en el teatro del Drama. El público la emprendió con un actor, á quien ha costado algunas sangrias las bromas que gastó con él la alborotada concurrencia. Dejamos calcular á nuestros lectores cuan pesadas serian las bromas. Aguardamos ver representado con mas calma el drama de los señores García Gutierrez y Asquerinos, para emitir sobre él nuestra opinion.

Nada diremos acerca del concierto de Bazzini en el teatro del Circo cuando la habilidad del violinista es tan conocida del público de Madrid.

Otras funciones á beneficio de las actrices han tenido lugar en la Cruz y en el Instituto las noches del viernes y el sábado de la semana anterior. Las mugeres, ya vestidas de hombres, ya en su traje natural, han ejecutado todos los papeles de las piezas representadas. La concurrencia ha sido numerosa y la broma completa, sobre todo en el teatro del Instituto.

He aqui las novedades teatrales de la anterior semana. Otras se han anunciado para las semanas sucesivas; de las cuales creemos que no todas han de verse realizadas.

A.

Se va á nombrar en Lóndres una comision regida encargada de acordar los medios mas convenientes para facilitar la grande esposicion de todas las naciones en 1851. Esta comision se compondrá probablemente de personas interesadas, como principales agricultores, artistas, sábios, mecánicos y fabricantes. Trátase tambien de agregar á ella cierto número de comisiones locales para representar los intereses, así estranjerios como nacionales.

Sabemos que la direccion y el cuidado de la Inclusa de esta corte va á someterse de nuevo á una asociacion de señoras como lo estuvo en otro tiempo. Los que recuerdan el estado en que se hallaba la Inclusa cuando su gobierno interior y los medios de atender á sus necesidades estaba al cuidado de las señoras, y que á la salida de estas quedaron cubiertas todas las atenciones de la casa, y en sus cajas gran cantidad de existencias, celebrarán con toda su alma esta determinacion de que tantos beneficios van á reportar los infelices espósitos que allí se albergan.

SEMANA CIENTIFICA.

Viaje al Japon. (I)

I.

El día 1.º de abril de 1853, el navio americano ballenero el *Manhattan*, su capitán Cooper, ancló en las aguas de San Pedro, pequeña isla situada á algunos grados al sudoeste de Nippon. La isla es en casi todo su territorio estéril, y parecia deshabitada; pero por hallarse tan inmediata á la costa se decidió la tripulación á visitarla, para procurarse algunas tortugas frescas, que eran de todo punto indispensables. Avanzó un poco el navio contra viento, y hallóse una magnífica pinaza, de rarísima construccion, y muy semejante á las embarcaciones que surcan los mares de la China. El capitán desembarcó con algunos marineros, internáronse en la isla, y pronto llegaron á un valle, donde apercibieron, á alguna distancia, un grupo de hombres groseramente vestidos, que parecieron alarmarse por su vista, y se precipitaron al fondo del valle.

El capitán continuó su marcha, y al poco tiempo llegó á una cabaña, ocupada por doce hombres que despues se supo eran japoneses, y los cuales, al aproximarse los americanos, se prosternaron hasta tocar con el rostro la tierra, y permanecieron largo rato en tal posicion. Parecian muy asustados, y todos sus ademanes indicaban, que se creian amenazados de la muerte; pero el capitán Cooper los animó, y llegó á comprender por medio de sus signos que habian naufragado pocos meses antes en las costas de San Pedro. Como les condujera á la costa, y mostrándoles su navio, les dijera que si querian tener confianza en él los conduciría á Jeddo, ellos consintieron en todo llenos de júbilo, y abandonando cuanto tenian en la isla se embarcaron inmediatamente.

El capitán resolvió dirigirse via recta á Jeddo, capital del imperio del Japon, á pesar de las tan conocidas leyes que se lo prohiben á los navios de los Estados Unidos, y á los de todas las naciones. Dos objetos grandes y altamente loables se proponia: el primero volver á su patria á aquellos infelices naufragos que acababa de recoger, y el segundo demostrar al gobierno de aquel país de una manera atrevida, al mismo tiempo que favorable, la civilizacion de los Estados Unidos, y las amistosas disposiciones en que se encontraban con respecto á los japoneses y á su emperador. Mas adelante se verá cuan completamente consiguió cuanto se proponia tocante á esto. Paréceme oportuno decir entre tanto que su afortunada expedicion ha proporcionado noticias curiosas é interesantes de aquel país, cuyas instituciones y costumbres son tan poco conocidas en el mundo civilizado.

El *Manhattan* levó anclas, dejando á la espalda á San Pedro, y despues de dos ó tres dias de viaje, en direccion á Nippon, se distinguió á alguna distancia en medio del mar un objeto informe de extraordinaria dimension, en que despues se reconoció un navio japonés, desmantelado y á punto de irse á pique, el cual venia de un pequeño puerto al Norte de Nippon, con cargamento de salmón salado para Jeddo. Hacia muchas semanas que se hallaba en aquel estado, y la tripulacion le habia abandonado ya á merced de los vientos. Esta se componia de once japoneses que el capitán Cooper recogió á bordo, y como al día siguiente estallase una furiosa tempestad, conoció que á no haber llegado tan á tiempo aquellos infelices hubieran dejado de existir.

Entre los objetos que se retiraron del destrozado navio, se encontraron varios libros y un mapa de las principales islas que componen el imperio del Japon. Luego hablaré de este mapa, que es acaso la muestra mas curiosa obtenida hasta el día de los adelantos de la geografía en los confines del Oriente.

Buscando tierra el capitán Cooper llegó al Norte de Jeddo, se aproximó á la costa, y echó al mar una chalupa, en la cual entró él con uno ó dos de los japoneses que tenia á bordo. Por el gran número de personas que vió ocuparse en pescar, conoció que se hallaba en un país de pescadores. Parecian pertenecer á las clases mas bajas; pero daban muestras de inteligencia y de felicidad, acogieron con placer su llegada, y no se opusieron á su desembarco.

Desde aquel punto envió el capitán uno de sus japoneses á ver al emperador que entonces se hallaba en Jeddo, y hacerle saber su intencion ó su deseo de entrar con su navio en el puerto de la capital, disculpándose con la necesidad de devolverle sus súbditos nau-

fragos, y procurarse el agua y los víveres necesarios para la tripulacion de su navio. En esto los vientos cambiaron y el *Manhattan* se halló muy pronto á tanta distancia de la orilla que necesitó mas de una semana para recobrar su anterior posicion. El capitán volvió á tierra por segunda vez, y envió á la capital otros dos mensajeros para reiterar su demanda, y dar á conocer el motivo de haberse retardado. Despues dirigióse á Jeddo, y gracias á un viento favorable llegó á la entrada de la bahía, en el fondo de la cual está construida la poblacion.

A la entrada del canal acercóse una falúa procedente de Jeddo, mandada por un personage cuyas ricas vestiduras anunciaban un funcionario de alto rango, el cual notició al capitán que sus enviados habian llegado á la corte, y que el emperador le concedia permiso para acercarse á la capital con su navio. Entretanto le mandó echar anclas por la noche detras de un cercano promontorio, asegurándole que á la mañana siguiente se le remolcaría hasta el fondeadero, distante de la poblacion como unos cien metros.

Inmediatamente fué visitado el navio por una multitud de notabilidades de todas clases, desde el gobernador de Jeddo y los oficiales del estado mayor vestidos de ricas telas bordadas de oro, hasta el último agente de policia vestido de harapos. Todos parecian dominados por una insaciable curiosidad de ver á los extranjeros é inspeccionar minuciosamente la multitud de cosas nuevas que se ofrecian á sus ojos.

Informado el capitán Cooper por un intérprete indigena que sabia el holandés y algunas palabras del inglés y cuyos signos y lenguaje eran tan inteligibles uno como otro, de que les estaba prohibido á él y á sus compañeros salir del navio bajo pena de muerte, trató con la mayor urbanidad á todos los que le visitaban y ganó su confianza, asegurándoles que no pensaba en ninguna manera infringir la ley que se le habia impuesto. Añadió tambien que su único deseo era dar á conocer al emperador y á los grandes dignatarios del Japon la benevolencia con que él y todo el pueblo americano le miraban y á sus compatriotas.

Olvidábase decir que el intérprete para anunciar á Cooper tan poco favorable noticia, usó de unos signos bastante significativos: hizo un ademán como de pasar una espada desnuda por el cuello.

Pronto llegó para los japoneses recogidos en la isla desierta y en el navio desmantelado la hora de abandonar á su salvador. Por todas las demostraciones posibles trataron de manifestarle la sinceridad de su reconocimiento, llegando su emocion hasta abrazarle y colmarle de caricias bañados en lágrimas. Esta tiernísima escena y la pintura que hacian los pobres naufragos de todas las atenciones que se les prodigaron y de la conducta siempre prudente y amistosa del capitán, produjeron tan favorable efecto en el ánimo del gobernador de Jeddo, que este funcionario trató á los extranjeros con la mayor urbanidad durante su permanencia.

Pero no se permitia ni al capitán ni á los marineros poner un solo pie fuera del navio. Siempre habia á bordo oficiales encargados de impedirlo, y para mayor seguridad y para impedir toda comunicacion con la costa, rodeó al navio una triple barrera de navios colocados en forma circular. Entre cada hilera de navios mediaba una distancia de cien pies; y la misma mediaba entre la última hilera y el navio norte-americano. Los que formaban esta, se hallaban unidos por los cables tan fuertemente y tan de cerca, que se tocaban unos con otros, sin dejar terreno para pasar nadie; y sobre sus popas vueltas del lado del *Manhattan* habian clavado lanzas larguísimas y otras armas de la figura mas variada y rara. Parecia aquello una panoplia de la edad media. Como estaban cubiertas de vainas barnizadas y brillantes, sus dueños de cuando en cuando las hacian relumbrar al sol, como para recordar á los extranjeros el estado en que se encontraban; ademas, se veian, en la misma popa, pabellones y banderolas de diversos colores.

En medio del círculo, entre la poblacion y el *Manhattan*, estaba anclado un magnífico junco (1) que ocupaban los capitanes de los barcos.

Los que formaban la segunda fila no eran en tanto número; y menos aun los de la tercera; pero todos juntos componian una armada respetable, como que eran muy cerca de mil, todos bien armados y equipados. Tan sorprendente cuadro interesaba sobre manera á los americanos, que apenas tenian noticia de las costumbres estrambóticas de este pueblo, separado del mundo y casi desconocido. Sin duda alguna debia de ser un magnífico espectáculo el que presentaran durante el día, aquella multitud de navios alineados, adornados con ligeras banderolas y bruñidísimas lanzas, pero tambien debia de serlo por la noche, cuando estaban alumbrados por infinitas linternas de rarísimas formas y colores.

Los americanos se creian trasportados á un país de las *Mil y una noches*.

Una casualidad les dió á conocer muy pronto cuán rigurosa era la vigilancia á que se hallaban sujetos.

Deseando el capitán separar una de sus chalupas, la quiso sacar de la cala, internarla en el mar, y colocarla á un lado del navio. En seguida todos los japoneses que estaban á bordo desenvainaron sus espadas; el oficial alarmado reclamó bondadosa, aunque acaloradamente, contra aquella infraccion de las ordenes del emperador, y declaró al capitán Cooper que

sino mandaba á su gente suspender la maniobra lo matarian, y aun peligraria su cabeza. El capitán le manifestó que no era su objeto desembarcar, sino recomponer la chalupa; y cuando así lo hubo comprendido el japonés se alegró sobre manera y mandó algunos carpinteros indigenas que la compusieran sin botarla al agua y sin dejar que los americanos tomaran en ello parte.

Cuatro dias fueron los que despues permaneció el *Manhattan* anclado á vista de Jeddo, durante los cuales se prodigaron al capitán, por mandato del emperador, agua, leña, arroz, vegetales del país, y algunas vasijas de porcelana que necesitaba, sin recibirle por esto dinero alguno. Pero se le intimó muy esplicitamente que no volviese nunca á Jeddo, si no queria desagradar al emperador.

Varias fueron las conferencias que en los cuatro dias tuvo por medio del intérprete, con el gobernador y otros dignatarios de Jeddo; y en una de ellas manifestó aquel, que la única razon por la cual se le habia permitido detenerse allí habia sido la creencia del emperador de que no podia ser un mal extranjero, quien habia abandonado sus negocios por volver á su país á unos pobres naufragos que le eran enteramente desconocidos.

La víspera de la marcha de Cooper envióle el emperador un escrito de su puño y letra, en prueba de su alta consideracion.

Si no fuera verdad, como se cree vulgarmente, que todos los grandes hombres escriben muy mal, el autógrafo chino lo probaria paladinamente.

Tales eran de largos é irregulares sus caracteres, que parecia que media docena de pollos, huyendo de un lodazal, habian pasado dos ó tres veces por cima de aquel papel grosero.

Entre los libros encontrados en la embarcacion naufraga, se contaba uno parecido á un manual, de rara figura y con grabados, que representaban hachas y lanzas mas raras aun. Por bajo de cada grabado se ven algunos caracteres, que sin duda sirven de explicacion al testo. Tanto los caracteres como las figuras están ejecutadas con tanta pureza, que parecen grabadas en cobre, como las de las obras de fisica y astronomía que tenemos en Europa.

Habiendo reparado Cooper que los grabados de este libro, que tantísimo le habia llamado la atencion, eran parecidos, sino iguales, á las figuras que los altos empleados del Japon llevaban bordadas de oro en sus trages, se atrevió á preguntar la causa de aquella coincidencia á uno de ellos, el cual le contestó que eran una especie de blason ilustrado del imperio, una coleccion de símbolos que representan las diversas clases de funcionarios y de nobles que existen en el país.

Gracias á la amistad que me une al capitán Cooper, he podido examinar detenidamente este libro, que me parece asaz interesante, como una muestra del estado del arte tipográfico en el Japon, y como quiera que da á conocer las infinitas clases en que se divide su aristocracia, y los signos exteriores que la distinguen.

Estos signos están siempre bordados en las espaldas del traje del dignatario, y el arma á que pertenece corresponde fielmente al emblema que describe el libro. Los oficiales de cada clase mandan cierto número de hombres cuyas armas son de una forma determinada y particular. Ningun oficial de clase diferente puede usar de las mismas armas, ni del mismo emblema en el traje.

II.

Ya he dicho que el capitán Cooper tuvo algunas conferencias con el gobernador de Jeddo.

En una de ellas le dijo este que no volviese de ningún modo al Japon.

El capitán reflexionó un momento.

—¿Pues qué habré de hacer, dijo, si vuelvo á encontrarme en circunstancias idénticas?

El gobernador desconcertado, eludió el responderle categóricamente; pero le repitió que no volviera de ningún modo.

Cooper insistió:

—Teniendo en mi mano su salvacion, ¿dejaré á vuestros compatriotas ahogarse ó morir de hambre?

—Mi amo, le respondió el gobernador, quiere mejor que los abandoneis, que no que volvais á visitar sus dominios.

—¡Eso nunca! replicó el capitán. Nunca dejaré á mis semejantes ahogarse ó morir de hambre en mi presencia. Si en tal ocasion vuelvo á encontrarme, los recogeré á bordo de mi navio, pero desco saber que habré de hacer entonces con ellos.

—Llévalos á cualquiera puerto holandés; pero de ningún modo volvais al Japon.

El gobernador hablaba con dulzura; pero con el tono firme que convenia al órgano oficial del emperador.

El gobernador de Jeddo es un anciano de cabellos canos, y aspecto dulce y grave. Su fisonomía respira inteligencia y bondad, y sus maneras nobles previenen desde luego en su favor: oyó con grande interés las noticias que le dió el capitán de los habitantes y de la civilizacion de América. Dóime por esta razon á entender que Cooper trató, por todos los medios posibles, de inspirar á cuantos influian algo en el ánimo del emperador, una ventajosa idea del nombre y del carácter americano, bajo el punto de vista comercial, sobre todo.

(1) Esta interesantísima relacion es veraz en todas sus partes. Cualquiera que haya estado en la América del Norte habrá oido precisamente hablar de los viajes del capitán Cooper, que es el héroe de ella.

Redactada por una persona fidedigna, que ha tenido á la vista todos los papeles del capitán, merece llamar la atencion de nuestros apreciables lectores por los curiosos detalles y noticias que da de esa parte del mundo, que separa de las demas una politica que muchos tienen en concepto de sabia.

Hasta ahora ningún viajero por osado que fuese habia conseguido lo que el capitán Cooper.

Apelamos al buen juicio de nuestros lectores para que juzguen si tenemos razon.

(1) Embarcacion muy ligera, usada en la China.

El día que levó anclas le entregó el intérprete una carta abierta, sin firma, regularmente escrita en holandés.

Mr. Lougren, agregado al consulado anglo-americano de Honolulu, y muy versado en las lenguas del Norte de Europa, la tradujo, y dióme conocimiento de su contenido.

Esta curiosa epístola dice al mundo que su portador ha socorrido á algunos navíos japoneses mal parados, y ha vuelto los naufragos á su país natal. Manda á todos los holandeses, que si por casualidad le encuentren á pique de naufragar, ó en algun otro apuro, le socorran como él ha hecho; é indica al mismo tiempo para que se sepa en China y en Holanda, únicos países del mundo con quienes mantiene el Japon relaciones comerciales y cuyos navíos pueden entrar en sus puertos, que no se ha permitido á ningún anglo-americano saltar á la costa. Añádese también que se ha impedido con la mas estricta vigilancia que adquiriesen los extranjeros noticia de los artículos del comercio japonés; pero que como el *Manhattam* habia estado mucho tiempo á la vista de Jeddo, faltáronle agua, leña y víveres, todo lo cual le habia proporcionado el gobierno inmediatamente.

En el mes de abril llegó al Japon el capitán Cooper, y segun dice, el clima y el aspecto del país son en extremo agradables. La mas lozana vegetacion poblaba todas las partes de la costa que desde el bajel se alcanzaba á descubrir. Todos los valles, todas las colinas estaban admirablemente cultivadas. Alineado el terreno donde era montañoso y árido, denotaba el génio agrícola de los habitantes, no vencido ni aun por los obstáculos hijos de la naturaleza.

En suma, en el espacio de muchas millas la comarca no presentaba sino el aspecto de un interminable jardín.

Innumerables casas blancas y limpias como palomas poblaban aqui y allá la campiña, y algunas suspendidas en los cerros, medio cubiertas por el verde follage, hacían suspirar á los marineros por la frescura y el encanto que bajo sus techos parecia disfrutarse.

Todo, en fin, en aquellos lugares respira paz y calma; y al alejarse de ellos los ojos los buscan sin cesar, y la imaginación los anhela ávidamente.

A juzgar por lo que vió, los habitantes son afables é industriosos. Las cercanías de la capital, como sucede en todas las del Norte, denotan una cultura floreciente y refinada. Tanto abundan dentro de la ciudad los árboles y las flores, que apenas se distinguían desde el puente del navío las casas tan claramente que se pudiera asegurar qué sitio ocupaba la capital, ni señalar aproximadamente siquiera la estension de su territorio. Los edificios son blancos y de muy poca elevacion, sin que una sola torre ni un templo rompan tan monótona igualdad.

La considerable poblacion marítima de Jeddo parece tan industriosa como la poblacion agrícola del interior. A donde quiera que se mire, se contemplan, ya ancladas, ó ya bogando, muchísimas embarcaciones de todas clases, desde la humilde canoa hasta el gigantesco junco.

Segun parece, Jeddo es el centro de un inmenso comercio de cabotage. A lo menos en el puerto y en toda la mar cercana se siente y se oye sin tregua la actividad y el ruido particular que indica este género de tráfico.

Dice el capitán Cooper que los japoneses, por lo general, son de poca estatura y rehechos. Su tipo no pertenece tanto como el de los chinos á la raza mongólica. Su color es cárdeno aceitunado; y son generalmente hablando inteligentes, políticos, y bien educados.

El traje que usan comunmente se compone de unos pantalones muy largos, y una ancha casaca de algodón azul. Las personas acomodadas y los altos funcionarios las usan de ricas telas, profusamente bordadas de oro, y guarnecidas de cordones de seda, cuyos colores varían, segun la clase á que el que los lleva pertenece. Algunos estaban tan magníficamente vestidos, que excitaban la admiracion de los norte-americanos.

Los japoneses no conocen la lana, y las telas que vieron compuestas con ella parecieron preocuparles con extremo, pues las examinaban con la mas escrupulosa atencion. Debía de ser una cosa enteramente nueva para ellos, porque se llevaron á Jeddo, como

curiosidades, todos los pedazos de lana que en el navío les quisieron dar.

Al principio de esta relacion hablé de una carta geográfica encontrada en el navío, que en mi sentir es quizá uno de los mas curiosos monumentos de la civilizacion japonesa que ha llegado hasta nosotros. Comprende la isla de Nippon, todas las islas que se hallan al Sud de Jeddo, y algunas otras que están situadas al Norte.

Tiene esta carta cuatro pies de largo, y casi otro tanto de ancho; de forma que cerrada parece un misal admirablemente encuadernado. La proyeccion de las islas está trazada en una escala demasiado grande. Las mas ínfimas calas de la costa, así como todos los puertos comerciales grandes y pequeños, están en ella designados con la mas minuciosa precision. En cuanto le fué posible observó prácticamente el capitán Cooper la exactitud del grabado, tanto por sus observaciones astronómicas como por las cartas de Nippon que poseía.

En la japonesa están cuidadosamente indicados todos los puertos del comercio de cabotage, en el grupo entero de islas desde Jeddo hasta Nangasaki; pero la parte mas interesante de este trabajo es la descripcion topográfica del interior. Las islas están



Idolos del Japon.

divididas en distritos, y á cada una la divide una señal de diferente color. Parecen en fin los estados de la Union en el atlas de Mitchel.

Hasta las poblaciones mas ínfimas están allí designadas y nombradas.

Hállase también, aunque en menor escala, señalada la residencia del gobierno en cada distrito, y todos los establecimientos públicos. Cada cosa está indicada en una forma y con un color diferentes, y á juzgar por su analogía, y por la igualdad de nombres entre los distritos, debe ser muy sistemática y regular la administracion japonesa. Esta idea, por otra parte, no desmiente las que teníamos con anterioridad del Japon. Los rios, de que abunda muchísimo el país, están también trazados con todos sus afluentes, su nacimiento y su carrera.

Pocas comarcas que comprendan el mismo espacio de terreno que la isla de Nippon poseerán aguas con tanta abundancia. Visto en el mapa aquel territorio, parece sembrado aquí y allá por un sinnúmero de canales; pero en realidad son rios chicos y grandes, cuyo curso es fácil de seguir desde su nacimiento en los valles hasta su reunion á otros, ó su embocadura en el mar.

Los caminos son escesivamente numerosos, y tan perfectamente ideados y dirigidos que parece todo el país una vastísima colmena, donde se nota la mayor actividad. A juzgar por las observaciones de Cooper el plan que ha guiado en esto á los japoneses, es muy parecido, si no idéntico, al que guardan en Holanda y Bélgica los medios de comunicacion de las poblaciones entre sí. Apenas existen montañas, y las que hay forman grupos, por lo general pequeños, y que parecen

accesibles. El terreno es igual, poblado de valles y colinas, surcando por mil partes arroyos y veneros, que fecundizan la tierra y ofrecen mil estímulos á aquella poblacion eminentemente industriosa, y dada, sobre todo en el Japon, particularmente á la agricultura y al comercio.

Tal es el número de las poblaciones del imperio, que no se pueden abarcar con la vista, y tampoco podrían contarse, sino acudiendo al mapa.

En el reverso del que dijimos se recogió del buque naufragado, veíanse trazados una porcion de caracteres ininteligibles, que parecían como la explicacion de los dibujos que designaban los signos, poblaciones y caminos señalados en cada division de la carta geográfica. Sin duda alguna la traduccion de aquel escrito, hubiera arrojado mucha luz sobre cuanto podia ver y observar Cooper en su anómala posicion.

Este precioso documento, y otros objetos tan interesantes como aquel, que el capitán ha conservado como memoria de su aventurera expedicion, no debieron encontrarse en la embarcacion, sino por un descuido; pues los japoneses, á quienes habia querido dar algunos juguetes europeos que los llamaban la atencion sobremanera, le manifestaron que esponían la existencia dando á conocer al emperador que habian procurado á los extraños medios de comprender el misterio que envuelve las instituciones todas de su patria. Y á tal punto llevaron su rigorismo, que al acercarse á Jeddo, destrozaron ó ocultaron los pocos objetos europeos que la necesidad les obligó á poseer.

Cooper, que no queria abusar del derecho moral que sobre ellos tenia, les dejó obrar en esto, como en todo con entera libertad.

Mientras tanto hacia ya cuatro dias que el *Manhattam* estaba anclado á la vista de Jeddo. El capitán anunció que iba ya á partir, porque habia hecho su provision de leña, de agua, etc.; pero hacia viento contrario y fué en valde quererle dar á la vela.

Aunque el gobernador no habia manifestado intenciones de hacerle partir á viva fuerza, como ya nada absolutamente tenia que hacer allí, solo esperaba el capitán viento favorable para levar anclas; pero el gobernador, al saber lo que causaba su detencion, le dijo:

- Yo me encargo de destruir esos obstáculos.
- ¿Será imposible! exclamó Cooper.
- Ya lo vereis.
- ¿Y cómo?
- Muy fácilmente.
- No creo que esté en vuestra mano que el viento varíe.
- De ningún modo.
- Pues entonces...
- La voluntad del hombre es muy poderosa.
- ¿En contra de Dios?
- No, pero sí en contra de los elementos.
- Estoy anhelando por verlo.
- Ahora lo vereis.

Empezó á dar órdenes á los marineros y llevaron el ancla.

Entonces una multitud innumerable de bageles en hilera amarraron el *Manhattam* por el bauprés. Bogaban acordemente, á pesar de que estaban colocados de cuatro en fondo, y segun el cálculo del capitán pasaban de mil.

Aquel inmenso tren era para los americanos un objeto maravilloso. En lugar de remos, todos los navíos bogaban con ayuda de un solo palo de virar, que movían muchos hombres. De esta manera fué remolcado el *Manhattam*, hasta diez millas en alta mar; y mas lo hubiera sido aun, si Cooper no hubiera anunciado al capitán de la escuadrilla que ya podia muy bien valerse por sí solo.

Despidiéronse, pues, los japoneses del nuevo Colon con la mayor cortesania, y mientras su larga fila de barcos se encaminaba á tierra lentamente, el americano dirigíase al Nordeste de la costa y á las regiones menos hospitalarias de Kamschatka.

Ningun marinero del *Manhattam* ha olvidado á los japoneses, y el capitán se felicita todavía por la casualidad que le puso en contacto con aquel pueblo escéntrico, que aislado en medio del mundo, ha sabido llegar casi á la cúspide de la civilizacion.

T. B.

SEMANA JUDICIAL.

Crímenes célebres.

NOCHE DE CARNAVAL.

El 10 de febrero 1768, primer día de cuaresma, á las ocho de la mañana, hacia un tiempo hermosísimo el sol doraba con sus rayos el antiguo palacio de los papas, habitado entonces por el vice-legado Vincentini: un jóven de unos veinte y dos años y de arrogante figura llamaba á la puerta del relojero Mr. Mince de Foubarré. Diez veces habia resonado el llamador en la puerta, y ningún indicio, ningún movimiento interior anunciaba que se hubiese oído en la casa.

—Es preciso que duerman bien profundamente, dijo el jóven.

—Seguramente, contestó Almarico, honrado car-

pintero, que se hallaba enfrente de la casa en que se llamaba con tanta fuerza.

—¿Cómo?... ¿Jacquemart ha dado ya las ocho, y nadie se ha levantado aquí todavía?...

—No os ha costado mucho trabajo levantaros esta mañana, señor Dubourg; porque vuestro traje indica que habéis pasado la noche de baile.

Efectivamente, el joven estaba vestido medio de carnaval y medio de cuaresma. Sobre su traje de calle, llevaba el ancho pantalón turco: su rostro embaldurnado con varios colores, presentaba en la frente una mancha gris, bastante ancha, impresa por el sacerdote que acababa de ponerle la ceniza: llevaba además una capa que hubiera podido cubrirle todo el cuerpo, mas bien fuese por casualidad, ó por cálculo, Dubourg había dejado ver poco á poco al carpintero, el traje musulmán, y el vestido á la francesa.

—Sí, maestro Amalrico, salgo del baile, y de la iglesia.

—¿Y en ese traje?

—¿Y por qué no? Llevo encima mi capa.

—¿Y el sacerdote ha dado la ceniza á un turco?...

—El abate Sestili no ha visto nada... mas que un buen cristiano.

—Sí, sí, un buen cristiano que pasa la noche en el baile, que se viste á lo turco, y se atreve á ponerse una careta.

—¡Bah!... es necesario pasar la juventud del mejor modo posible: el carnaval ha concluido, y observaré la cuaresma, con la misma regularidad con que he seguido los bailes. Por ejemplo, esta noche he bailado en tres casas; me he presentado en cada una con distinto traje; he embromado á veinte personas, y si no me hubiera quitado la careta no me habrían conocido.

—Bueno, bueno: á la pascua os aguardo, cuando acudáis á pedir la absolución: entonces os lo dirán.

—No me inquieto mucho por eso; mi confesor tiene la manga ancha... y luego... anoche estuvo también en el baile; yo le ví: somos indulgentes con los pecados que nosotros mismos cometemos. Y Dubourg dió nuevamente tres fuertes aldabazos en la puerta de Mr. Mince.

—¿Sabéis, Almarico, que es extraño que no me contesten? ¿si habrán pasado la noche en el baile? Duermen todos como lirios.

—¡Ah! sí, en el baile: el hijo es posible: pero el padre y la hija son gente temerosa de Dios. Sería tan asombroso como ver salir el sol por la parte de Arlés.

Dubourg llamó, volvió á llamar y nadie contestó.

—Veamos; voy á llamar otra vez.

—Es muy extraño, dijo Almarico; en la iglesia no están por que yo los hubiera visto salir; estoy trabajando desde el amanecer: sin duda están malos.

—Eso no es creíble: de cuatro personas, una por lo menos respondería. ¡Bueno!... no había pensado en ello: sin duda se han ido ayer á su casa de campo.

—¿En invierno?... no es esa su costumbre.

—Es verdad: pero me acuerdo que Mince el padre me dijo hace ocho días, que saldría de Aviñón el martes de carnaval: le escandalizan las máscaras, y además como es muy cazador, el buen tiempo le habrá hecho decidirse.

—Entonces habrán salido ayer mientras vos dabais vuelta á la ciudad en vuestro carro de Apolo. ¿Habéis tirado confites á las damas? Solo vos, monsieur Dubourg, sois el mas adecuado para poner en movimiento á todo el mundo: antes de vuestra llegada, la ciudad estaba triste como un convento de trapenses.

—¡Oh! el año que viene será mucho mas.

—Mr. Mince os quiere mucho, y hubiera sentido veros con ese traje: por que sabe, como todos sabemos, que esas diversiones están prohibidas por la iglesia, y son el camino recto del infierno.

—¡Bah! ¿pues para qué se ha establecido la cuaresma? ¿para qué sirve sino para hacer penitencia? El remedio se encuentra al lado del mal.

—¿Creéis que la señorita Julia quedará muy contenta, cuando se la diga que en el carro de Apolo teniais á vuestro lado no sé cuantas Venus y Dianas, que no eran ningunas Lucrecias? Por que ella es muy devota, y si queréis casaros, como dicen, hacéis mal en trasformaros en Apolo.

—Deberia mas bien entrar en una congregación de penitentes.

—Pues no os chanceéis, por que eso seria lo mejor para vos.

—Ahora que el carnaval ha concluido, veremos. Y puesto que el tiempo está bueno, quiero aprovecharle para ir al campo. La familia Mince se halla en Vedenes; voy allá... y comeré con ellos. Hasta la vista, maestro Almarico.

Dubourg marchó.

Es asombroso decía Almarico, manejando su cepillo, es muy extraño que mis vecinos hayan ido al campo sin que yo lo sepa. ¡Mr. Mince á quien veo cien veces cada día, haber marchado el martes! y el padre, pase... pero el hijo y la hija... en invierno... abandonar su casa... no lo comprendo.

Dos horas despues. Dubourg llegaba á Vedenes, en donde Mr. Mince tenia una bonita casa, un jardín y una granja.

—Buenos días, señor Reboul, dijo al colono, que encontró antes de llegar al edificio; ¿cómo va de salud? ¿y la muger? ¿y los niños?...

—Todos buenos, á Dios gracias.

—¿En dónde encontraré á Mr. Mince? ¿en el jardín ó en la casa?

—¿A Mr. Mince?

—Sí.

—Vos soñáis.

—¿Pues no está aquí?

—No le he visto hace ya mas de tres meses.

—¡Dios mío!... me inquietais terriblemente. ¿No está aquí? he llamado diez veces á la puerta esta mañana, y nadie me ha contestado.

—Estarian todos en misa.

—Su vecino el carpintero no los ha visto salir.

—Entonces, estarian acostados, dormirian, porque ¿dónde queréis que estuviesen?

—No sé qué pensar, pero tengo horribles presentimientos: he llamado á su puerta de una manera que podían despertar los sordos: no comprendo nada: vuelvo á la ciudad, pues es preciso que yo sepa lo que ocurre.

—¡Pardiez! ya os lo he dicho: estarian en misa y habrían salido por la puerta falsa, y por eso no los habré visto Almarico.

—Es muy posible: no se me habia ocurrido eso, á fé mia: lo que me decis me tranquiliza, y os lo agradezco. Adios Reboul.

—¿Pues qué, marchais sin beber un traguito?

—No tengo sed. ¡Oh! he bebido bastante esta noche pasada: he estado en tres bailes y me he divertido mucho. Hoy para remate de fiesta, hoy tenemos el famoso entierro de Carmentran.

—Y vos seréis el que dirija la fiesta, estoy seguro; mas bien se os encuentra en esas bromas que en la iglesia.

—Para ser prudente mañana, y serlo sin disgusto, voy á hacer todavía el loco hoy. ¿Ireis á la ciudad? El entierro será magnífico.

—Procuraré verle.

Y Dubourg se volvió sosegadamente á la población.

La tarde de aquel día, todos los jóvenes que en el anterior se habian disfrazado, recorrian á Aviñón con los mismos trajes, precedidos de tamboriles y otros instrumentos. Asidos unos á otros por medio de sus pañuelos arrollados formaban una larga cadena que semejante á una serpiente se plegaba ó dilataba segun el capricho de su jefe, que no era otro que Dubourg.

La autoridad eclesiástica que gobernaba á Aviñón, toleraba esta última saturnal con la espesa condicion de que todos llevasen el rostro descubierto, y aquellos jóvenes aturdidos llevaban la careta colgada en el ojal. Carmentran ó la Cuaresma que era el héroe de la fiesta, estaba representada por un maniquí grotesco vestido con todos los oropeles del carnaval: iba tendido en unas pihuelas y con una corona de hojas de plata y oro en la cabeza; era llevado en triunfo, y la cadena de jóvenes se desplegaba y ceñia en derredor suyo, en medio de los gritos de la multitud y del ruido de los petardos y de los tiros. Toda la población se hallaba en las ventanas ó en las calles, y cada uno parecia que se aprestaba á aprovecharse del último momento de locura que suministraba el año 1768. En medio de la plaza de palacio y enfrente de la habitación del legado del papa, se habian acumulado algunos haces de leña. Allí era en donde Carmentran despues de recorrer varias calles de la ciudad, debía ser solemnemente quemado. La plaza se hallaba ya llena de gente cuando llegó el grotesco acompañamiento que formó una triple hilera en derredor de la hoguera. Carmentran fué arrojado en ella, y el que tenia la antorcha encendida, iba á prenderla fuego, cuando atravesando por entre la multitud dos soldados del papa, le agarraron de la mano y le quitaron la antorcha.

—Monseñor el vice-legado manda que cada uno se retire á su casa.

Un diluvio de injurias, amenazas y gritos fué la contestación de aquellas palabras.

—¡Vaya con mil diablos el vice-legado!

—¡Al fuego los soldados del papa!

—Tenemos el derecho de divertirnos todavía hoy.

Y al punto veinte jóvenes se precipitaron sobre los soldados y se encendió la hoguera con gran satisfacción de los concurrentes, que bailaron á la redonda, cantaron á voz en grito, y mil petardos terminaron aquella orgia.

La alegría llegaba á su mayor auge, cuando de repente cesaron los gritos y reinó el mas profundo silencio. Un hombre respetable y generalmente respetado por sus virtudes y la alta magistratura de que estaba revestido, daba vueltas por entre la multitud, y con sus ademanes parecia que la queria arengar. El abate Sestili, procurador general ó fiscal del papa, se subió sobre un banco de piedra y habló así:

—Hermanos míos, cuando monseñor el vice-legado os dió la orden de retiraros, no era por impedir vuestras diversiones y turbar vuestro regocijo: un gran crimen se ha cometido en esta ciudad, y en vista de semejante desgracia no dejareis de sentir vuestra pasada alegría. Toda la familia Mince ha sido asesinada; ved si queréis bailar ahora.

Un murmullo de indignación agitó á la multitud, y todos comprendieron entonces la orden que habian despreciado. Dubourg se hallaba cerca del abate Sestili.

—¡Ah! señor, ya lo presentia yo. ¿Se han descubierto los culpables?

—Todavía no, respondió el abate.

—¿Hay sospechas contra alguno?

—Sí, pero eso seria tan enorme que no me atrevo á creerlo. Seguidme, caballero, vos érais el mejor amigo

de esos desgraciados, y tal vez podreis dar algunas noticias que sean útiles á la justicia.

—Contad conmigo; diré cuanto sepa.

Aquella multitud insubordinada habia cambiado de aspecto, de forma y de lenguaje: cada uno en vez de prorumpir en lastimeras exclamaciones, conversaba en voz baja con su vecino: la muchedumbre iba desapareciendo lentamente por las calles contiguas á la plaza de palacio, y aquellos jóvenes locos, convertidos en hombres prudentes con aquella inesperada noticia, deploraban la suerte infausta de una familia generalmente apreciada.

Luis Florentino Mince de Foubarré, originario de Namur, habia ido á establecerse en Aviñón hacia el año 1733. Con su arreglada conducta, inteligencia y asidua laboriosidad, llegó á crearse una posición regular y desahogada. Tenia un hijo de veinte y tres años, una hija de diez y ocho y una criada tan buena como bonita. Su vida se reducía á la parroquia y su taller: asistía á los divinos oficios siempre que no se lo impedían los deberes de su profesion, y las únicas diversiones que se le conocían fuera de aquellas dos obligaciones que se habia impuesto, eran algunas partidas de caza. Por lo demas, rígido en sus costumbres y exigente en el arreglo de su casa, que tenia mas bien el aspecto de un convento que del domicilio de un relojero, no hubiera consentido que su hijo ni su hija descuidasen ningun precepto de los que observan los católicos romanos.

El asesinato de tres personas, es siempre una cosa aterradora, pero cuando esos tres individuos merecen el respeto de toda una población, es una calamidad pública. Pasadas las primeras expansiones del dolor, cada uno preguntaba á su vecino: ¿quién es el culpable? y nadie se atrevía á contestar. Sin embargo, se decía: ¿qué se ha hecho del hijo? ¿no está entre los cadáveres? y de aquí se pasaba á presumir si habria sido parricida: no tardó mucho en generalizarse esta idea, y bien pronto un rumor vago, pero luego terrible y compacto, entregó al hijo de Mince á la execración pública. En efecto, la riqueza y mercaderías de su padre que consistían en un gran número de relojes y otras alhajas, habia desaparecido. Si el hijo no fuera culpable, estaria allí muerto ó vivo; seria víctima ó pediría venganza á las leyes; porque no podía suponerse que ignorase la noticia que habia llenado de luto y llanto á la ciudad.

El vice-legado despachó órdenes en todas direcciones para que se prendiese á Mince hijo, en donde quiera que se le encontrase. Para el caso en que Mince saliese del condado Venesino, y fuese á embarcarse en Marsella, Cete, ó cualquier otro puerto de Francia, correos espeditos por la autoridad pontificia fueron dejando las señas del asesino y del ladrón en toda la frontera de mar y tierra.

El abate Sestili, despues de firmar los pliegos para los gobernadores de las provincias inmediatas, bajó á la plaza y condujo á Dubourg á la casa de Mince, en donde se encontraban los médicos encargados del reconocimiento de los cadáveres, y los magistrados que debían descubrir y castigar al asesino ó asesinos. Una inmensa multitud obstruía las calles inmediatas. El abate fiscal tuvo mucha dificultad en abrirse paso por entre aquel gentío compacto. El y Dubourg oían las unánimes maldiciones que dirigían contra el criminal. Al atravesar por un grupo de obreros, un hombre que hablaba del hijo de Mince, dijo: «Si, vé ahí al asesino.» Dubourg, creyendo que aquel apóstrofe iba dirigido á él, se volvió y dijo: ¿Y con qué pruebas decis que soy yo?—¿Quién diablos piensa en vos? dijo el obrero, hablo de Mince y no de Mr. Dubourg.» El abate Sestili no oyó aquella conversacion que pasó entre las ondulaciones de la multitud, pero el obrero dijo á sus vecinos: «Es chocante que Mr. Dubourg haya creído que yo hablaba de él.»

En una sala inmediata á la tienda del relojero, que recibía la luz por tres ventanas que caían á la calle, habia colocados tres cadáveres sobre una mesa que habia servido en el obrador. Los principales médicos y cirujanos de la ciudad y los asesores del abate Sestili, estaban colocados en círculo cuando llegó el fiscal: todos se levantaron en señal de respeto, mas por razon de la alta estimación que profesaban á tan digno eclesiástico, que por su título de magistrado.

Mr. Pomard, célebre cirujano y hábil operador, tomó la palabra interrogado por el abate Sestili, y dijo:

«Señor, llamados á emitir nuestro parecer sobre el asesinato cuyas desgraciadas víctimas estamos viendo, despues de examinados los cadáveres, hemos convenido unánimemente en que la causa de la muerte ha sido un instrumento cortante, y aun el cadáver de la señorita Mince ha sufrido despues de su muerte infames insultos.»

Un murmullo de indignación circuló por la asamblea como una chispa eléctrica, llegó hasta la calle, y el pueblo instruido de lo que le producía dejó oír gritos de furor contra el asesino. «¿En dónde está?... que le nombren, le buscaremos, nos encargaremos de él, y haremos justicia.» La gritaría era tan fuerte, que no era posible ya entenderse. El abate Sestili se vió obligado á arengar al pueblo por la ventana: reclamó el silencio, y tan grande era el respeto que se le tenía, que todo el mundo calló.

Dubourg tomó la palabra y dijo: Señores, ya no tengo duda sobre el culpable: le conozco.

—Nombradle, gritaron todos los concurrentes.

—José Mince. Si, señores, en circunstancia tan grave debo ahogar en mi corazón todos los sentimientos

de la amistad. La justicia antes que todo: Dios me lo ordena, mi conciencia me lo dicta, hablaré y cumpliré con mi deber.

Este exordio fué escuchado con un silencio general.

—Si, señores, en cuanto supe el asesinato, mis sospechas se han dirigido sobre José, á quien todavía llamaba ayer mi amigo. Sin embargo, ¿cómo había de creer, que de repente aquel joven hubiera empezado su carrera de crímenes dando muerte á su padre y á su hermana?... Pues bien, yo que no podía creer que fuese culpable de un triple asesinato, me he convencido de ello por las circunstancias del atentado. José había manifestado siempre estremado afecto á su hermana. De pronto, ciertas disensiones produjeron la discordia entre aquellos jóvenes. Su padre lo supo: el virtuoso Mince á quien todos lloramos, trató de alejar á su hijo. Quiso entregarme la mano de su hija, pero Honorina no había dado aun su consentimiento. En fin, hace tres días que José vino á buscarme. «Mi padre, me dijo, acaba de maldecirme, quiere que marche: no partiré, pero si partiese, ¡desgraciados de ellos y de mí!... Aunque le pregunté, me fué imposible saber mas: al partir nos ha dejado la solución de aquel terrible enigma.»

La asamblea se hallaba en el mayor asombro. Todos aquellos hombres jamás habían creído en la posibilidad de tantos crímenes. Ya no podía existir duda alguna: José era el culpable porque había desaparecido. El abate Sestili preguntó á Dubourg:

—¿Podéis decir en qué dirección suponeis que ha marchado?

—Lo ignoro... sin embargo recuerdo que muchas veces me habló de lo fácil que era embarcarse en Marsella, y aunque nada pueda confirmar mis sospechas, creo que haya tomado ese camino para dirigirse á España.

Dubourg se acercó al cadáver de Honorina.

—No es eso todo, señores; examinad esa puñalada, y conoceréis que no es obra de un asesino ordinario ó vulgar. Los facultativos que nos rodean convendrán conmigo en que el miserable conocía perfectamente la estructura del cuerpo humano. Mince estudió conmigo cirugía en el Hotel-Dieu. Ha muerto á Honorina de un solo golpe en el corazón. Penetrando el hierro de arriba á abajo, debía esparcir la sangre por el pecho, y ahogar los gritos de la joven, sin que manchase al asesino.

Los doctores se miraron y fueron de la opinión de Dubourg; aun se maravillaron de no haber observado aquella circunstancia.

El abate Sestili, que había escrito al gobernador de Provenza, hizo salir á un oficial de confianza con orden de dirigirse á Marsella sin pérdida de momento, y ponerse de acuerdo con las autoridades de aquella ciudad, para prender á José Mince antes que lograra embarcarse, si acaso era aun tiempo. La asamblea se separó después de firmar el proceso verbal, que yo he leído, y de que he sacado los datos que refiero. Al día siguiente se efectuó el entierro de las tres víctimas; toda la población las acompañó hasta el cementerio, formando sinceros votos porque fuese castigado el asesino. Quince días después regresó el oficial de Marsella. Recibieron cartas de Certe y de Arlés; ningún hombre sospechoso, ningún desconocido que se pareciese á José Mince se había visto en el puerto ni en ninguna otra parte. Toda la ciudad de Aviñon estaba consternada.

El vice-legado escribió á Mr. de Sartines, superintendente general de policía en París. Su respuesta fué que en ninguna parte se rastreaba el menor indicio de José Mince. Concluía su carta con estas palabras: «Buscad en Aviñon.» Se buscó, pero todo fué inútil. Y sin embargo, las visitas domiciliarias fueron bien fáciles, porque todos se prestaron á ellas con gusto; cada vecino hizo el oficio de alguacil. Registráronse todos los rincones, todos los conventos, todos los sitios mas ocultos, pero José Mince no fué hallado.

Habían trascurrido ya dos meses desde el atentado, y sin embargo las conversaciones giraban todavía sobre las circunstancias del crimen, y la imposibilidad de descubrir al culpable. Un día el vice-legado convidó á comer á muchas personas de la ciudad y de las inmediaciones; entre los convidados se encontraba un célebre médico de Montpellier, y se habló de la familia Mince, porque no se sabía hablar de otra cosa en Aviñon. Todos acusaban al hijo ausente.

—Es probable, dijo el doctor, yo he encontrado hoy á Langlade, que me lo ha referido todo muy por menor. Si José Mince no fuese culpable, estaría ahí para vengar á su padre y á su hermana.

—¿Langlade? ¿quién es ese Langlade? preguntó el prelado; es la primera vez que oigo pronunciar ese nombre.

—Langlade es un estudiante joven, que fué discípulo mio en Montpellier, y ahora reside en Aviñon: según me ha dicho, era amigo de José Mince.

—Pero aquí se le llama Dubourg.

—Yo no le conozco mas que por Langlade.

—Abate Sestili, mandad que Langlade ó Dubourg comparezca inmediatamente ante nos.

Un oficial corrió á ejecutar las órdenes del vice-legado, y Dubourg se presentó bien pronto en el salón.

—¿Sois Dubourg ó Langlade? le dijo el vice-legado, y tened cuidado con la respuesta.

—Soy Langlade; la presencia del señor doctor, mi catedrático, me prueba que vuestra eminencia está bien enterado; ademas ¿por qué he de mentir?

—Entonces, ¿por qué habéis mentido tomando un nombre que no os pertenece?

—Monseñor, me pertenece, porque es el apellido de mi madre. El señor doctor, que se halla aquí presente, puede atestiguar que un desgraciado lance de honor me obligó á abandonar á Montpellier. Un amigo que tenía, ó que creía tener, porque hasta ahora he tenido mala elección para los amigos, quiso por medio de infames calumnias suplantarle al lado de una persona con quien yo debía contraer matrimonio. Siguióse una disputa que terminó la espada: le maté. Para escapar de la justicia de los hombres, me refugié en el territorio de nuestro santo padre el papa: aquí, monseñor, Dios, por mediación de uno de sus ministros, me concedió su perdón. Hice penitencia, y para libertarme de la desagradable celebridad que acompaña á esta especie de prácticas, celebridad que por sí misma es un escándalo, mudé de nombre.

—¿Teneis conocimiento de ese duelo? dijo el vice-legado al doctor.

—Si, monseñor: fué muy ruidoso en nuestra ciudad, y aun diré que Langlade se condujo en él con hidalguía; procuraba no herir á su adversario, que obcecándose, se atravesó él mismo.

—Está bien: volved á tomar el nombre de Langlade.

—Pero monseñor, si el gobernador del Languedoc sabe que estoy aquí, tal vez...

—Nada temais. San Pedro os protegerá.

Al día siguiente el vice-legado mandó formar una sumaria información de los hechos y conducta de Langlade desde su llegada á Aviñon. Vivía en casa de Mr. Martinot, cuñado de Mr. Mince. Mr. Martinot, hombre grave y probo, respondió de su huésped favorablemente en todos conceptos. Aseguró que contra aquel joven no podía formularse ninguna acusación de crimen: que su aplicación al trabajo, su arreglada conducta, su asiduidad en frecuentar las iglesias, y en fin, todas sus demas circunstancias, le hacían acreedor al aprecio de los hombres honrados: porque únicamente había hecho en el carnaval algunas locuras que no debían tomarse en consideración.

El abate Sestili no se contentó con aquellos informes, que podía dar muy bien un hombre irreprochable, pero alucinado, y examinó á cuantos habían visto á Langlade, la víspera, el día, y al siguiente del asesinato. Por el dicho de cien personas se probó que el día en que se cometió el horroroso atentado, Langlade había concurrido á tres bailes diferentes, con distintos trajes, y que por donde quiera se le vió disfrazado, pero sin careta: que había hecho mil locuras, reído mucho, y excitado la risa de los demas, y que su animada y alegre conversacion no daba el mas leve indicio de que pensase en crimen alguno en aquel momento, ni de complicidad en el de otro. También se examinó al carpintero Almarico. Según él, Langlade ignoraba el asesinato, pues que fué á llamar á la casa en donde yacían los tres cadáveres, y porque se dirigió al campo á buscar á Mr. Mince, cuyo particular afirmó el rentero. Langlade salió puro de todas aquellas pesquisas. Avergonzáronse en el palacio del vice-legado de haber sometido á tan excelente joven á aquellas investigaciones, y el cardenal se creyó obligado á darle una especie de satisfacción, convidándole solemnemente á comer.

Pues bien, Langlade era el autor de los cuatro asesinatos. Los tres bailes, los tres disfraces, la visita de la mañana y la marcha á Venedes, estaban preparados para disipar las sospechas.

Acababa de establecerse en Aviñon una logia de masones, que celebraba sus sesiones en un escondrijo de una casa aislada: la autoridad pontificia no ignoraba su existencia, pero la toleraba, aunque aparentaba no saber nada. En aquella época un francmasón era, en concepto de las gentes sencillas del pueblo, un mágico, un hombre que había vendido su alma al demonio, que en compensación le concedía el poder de convertirse en perro ó en gato. Los maullidos que se oían en los tejados de la población no eran otra cosa que las orgías de los francmasones. Algunos aldeanos provenzales abrigan todavía estas ideas. Langlade era francmasón, y José Mince aspiraba á serlo; pero su padre, persuadido de que las reuniones de la logia no podían tener por objeto mas que cosas vituperables, se había opuesto siempre fuertemente á que su hijo José solicitase ser admitido en aquella asociación. Sin embargo, Langlade le había hecho una pintura tan halagüena de los placeres que proporcionaba la logia, que su amigo se decidió á formar parte de ella sin que lo supiese su padre.

Para las supuestas pruebas de su recepción, habían elegido el martes de carnaval, día en que José podía disponer del tiempo libremente. La logia estaba situada en el cuartel inmediato á la puerta de San Roque, cuyo barrio es muy poco concurrido: entrábase allí por muchas puertas que daban á diversas calles formadas por tapias de jardines. Langlade llevó á José hacia la logia: era ya cerrada la noche, y en cuanto entraron en el jardín, Langlade degolló al que llamaba su amigo: abrió un hoyo y le enterró en él. En el bolsillo de José encontró el picaporte, con el cual entró en la casa de Mince, y el mismo cuchillo que privó de la vida al hijo, sirvió para matar al padre, la hermana y la criada.

Cuando llegó á Aviñon, Langlade se enamoró de Honorina, pero despreciado siempre por ella, tomó la mas horrible de todas las venganzas. Las tres apariciones en el baile, y las tres mudanzas de traje, fueron cada una interrumpidas por una visita á la casa Mince, y cada vez Langlade se llevó un paquete

con todo el dinero, relojes y alhajas que encontró: jamás se ha visto en los fastos del crimen el ejemplo de un hombre, que acabando de cometer cuatro asesinatos, se presente risueño, bailando y haciendo reír á los demas con sus chistes.

Cuatro meses después, el día San Juan, 24 de junio, celebrado por los francmasones, todos los hermanos y amigos se hallaban reunidos en la logia, con el vaso en la mano, descansando de sus tareas masónicas. Langlade estaba allí también riendo, charlando, y diciendo mil truhanerías, cuando de repente, un individuo de la sociedad que casualmente se había levantado de la mesa, volvió á entrar despavorido.

—Señores, dijo, venid á ver una cosa horrorosa: escarbando mi perro la tierra en el jardín, acaba de descubrir un cadáver. Al oír aquellas palabras, todos salieron y Langlade desapareció. Los vestidos del cadáver hicieron reconocer bien pronto á José Mince. Cuando volvieron un poco en sí del asombro, todos buscaron á Langlade. Algunos observaron que este se puso pálido al oír aquella noticia, y que se puso el pañuelo delante de la cara como si echase sangre por las narices, sin que después se le volviese ya á ver. Al momento toda la sociedad masónica corrió á casa de su desaparecido compañero, y le encontraron en un carruaje cuando ya se preparaba á marchar con dos baules que contenían los objetos robados en casa de Mince. Viendo que iba á ser preso, Langlade se evadió por una puerta falsa y corrió buscar un asilo en el convento de los Celestinos que no quisieron admitirle: por último fué mas afortunado con los franciscanos. La indignación pública, excitada por los francmasones le persiguió de calle en calle, y un mozo de cordel iba ya á agarrarle, cuando la puerta de la iglesia se abrió para darle asilo.

A el poder secular no le era lícito pasar de allí. El que hubiese entrado en una iglesia para extraer de ella á un criminal, habría incurrido en excomunión mayor, y nadie en Aviñon se atrevía á cometer semejante enormidad. Era necesario el permiso del arzobispo y del vice-legado, y al punto acudieron á solicitarle. El guardian de los franciscanos tomó la defensa del criminal. Dios, dijo, le ha dado asilo entre nosotros, y ya no pertenece á la justicia humana.

—No importa, dijo el arzobispo, que se le prenda *in nomine ecclesie*, y que se le lleve á la cárcel, *leo immunitatis*.

—Pero, monseñor, dijo el guardian al vice-legado, Langlade se ha tendido sobre nuestro altar mayor.

—Aun cuando se hubiese metido en el tabernáculo, contestó el prelado, mando que sea entregado á la justicia.

La congregación criminal, presidida por el vice-legado, se reunió al día siguiente para juzgar á Juan Domingo Langlade, natural de Langheac en Auvernia: confesó todos sus crímenes. Fué condenado á dar una satisfacción pública ó declarar su delito ante la cruz en la plaza de San Didiero: á ser quebrantado vivo en la plaza de palacio, degollado en seguida, y colocado en la rueda en la cual debía permanecer hasta la noche: cortada la cabeza y colocada en una jaula en las murallas de la ciudad junto á la puerta del Ródano y su cuerpo espuesto en la horca.

Cuando lleguéis á Aviñon en el barco de vapor, y hayais pasado por debajo del antiguo puente de piedra, mirad á lo alto de la torre situada junto á la puerta del Ródano y vereis allí la cabeza de Langlade, ó por mejor decir la jaula en que estuvo encerrada. El tiempo y las piedras que la han tirado los muchachos han hecho caer todas las partes de ella. Yo he visto todavía algunos restos en mi juventud, y tal vez las piedras que la he dirigido no hayan sido las que menos contribuyeron á hacerla desaparecer de la jaula de hierro.

SEMANA HISTORICA.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

1827.

XXX.

Habíase organizado en la villa de Olot un batallón de voluntarios realistas, que contaba 500 hombres bien armados, vestidos y municionados. Una partida de 120 sublevados al mando del coronel ilimitado don Mariano Vilella, se presentó á media hora de la población, en el camino que conduce á Ridaura y amagando el ataque se trabó un simulacro de acción disparándose al aire los fusiles. Emprende luego el batallón una ordenada retirada por escalones; y como obligado á ella se dirige á Castell-fulit, que distaba una hora de Olot en vez de guarecerse en este punto al que estaban inmediatos, y donde Vilella verificó su entrada triunfal.

En este intermedio se entabló la capitulación, comisionándose para ella al segundo comandante del batallón don Antonio Bertran y al cura Domero de Olot. Lo estipulado fué, que el batallón, alcalde mayor y ayuntamiento se retirarían á Castell-fulit, como lo verificaron.

Permanecieron los rebeldes en Olot poco mas de un día; y antes de desocupar la población, oficiaron al alcalde mayor para que regresase con el batallón; lo

que verificó tambor batiente, bandera desplegada y en formacion de columna.

Quince dias despues se repitió la misma farsa con el cabecilla Castañs, que apenas llevaba 60 hombres. Parte del batallon se retiró á Vich, donde permaneció dos ó tres dias, y al fin regresó á Olot para declararse francamente en rebelion, agregándose á las filas rebeldes la mayor parte de la fuerza.

Lo mismo que vemos en Olot sucedia en multitud de pueblos. Donde no habia insurrectos armados habia conspiradores. Todo el Principado se declaraba hostil al rey y solo la presencia, la energía del conde de España, unidas á la actividad y al acierto de los gefes de las pequeñas divisiones que empezaron á obrar, contribuyeron, con otras causas, á sofocar una revolucion gigante.

XXXI.

La columna que el 28 de setiembre habia cubierto el tránsito de S. M. desde Villaseca hasta Collblanc, apareció sobre Reus en la madrugada del 29, adonde llegó á poco el general don Juan Antonio Monet con cuatro batallones, un escuadron y dos piezas de artilleria.

Los sublevados en número considerable se dejaron ver desde muy de mañana, en las fuertes posiciones de la prolongacion de la montaña de Castelvill al N. O. de Reus, teniendo la osadia de amagar un ataque sobre la poblacion. Monet entonces, como comandante general, dispuso inmediatamente tres columnas, que confió la del centro al gefe de E. M. el general Carratalá, la de la izquierda al brigadier Manso, y se reservó el mando de la de la derecha. Combinaron un movimiento para arrojar de las alturas á los que las ocupaban; y el acierto por un lado de la ejecucion del plan, y la impericia por el otro de los enemigos, fueron causa de que se vieran envueltos, dispersos y arrollados de sus ventajosísimas posiciones, que fueron débil y malamente defendidas.

Esta accion y sus resultados incomodaron al conde de España, que no queria se hostilizara aun á los rebeldes para no enconar los ánimos, y tenerlos dispuestos á oír las palabras del rey. Carratalá creia por el contrario que las oirían mejor despues de una leccion severa, y aunque los resultados favorecieron al último, no es generalmente la severidad la que hace dócil al enemigo.

Un muerto y tres heridos de las tropas leales fueron el precio de aquella leccion, que costó mas sangre á los que la recibieron.

Publicado el manifesto del rey del 28, empezaron á acogerse á él una gran parte de los derrotados.

XXXII.

Los encubiertos rebeldes comenzaron á trabajar entonces con inusitada actividad: veian perecer su obra y trataban de hacer el último esfuerzo; mas carecian de una cabeza organizadora, de un centro de accion, y se hacian estériles los sacrificios de las masas.

Conociendo el conde de España que á los manejos de los enemigos debia oponer una activa energía, se propuso caer rápidamente con sus tropas sobre los pueblos mas numerosos, y mas marcados como rebeldes, para dislocar así las gavillas, é imponer el orden por el restablecimiento de la ley.

Salió con este objeto de Reus el 30, dirigiéndose á la villa de la Selva, en cuyo punto se le presentó, rindiendo las armas el batallon de realistas, que se acogia al indulto como uno de los cuerpos de su clase, y del mismo corregimiento de Tarragona, que se habian unido á los sublevados. Continuó el conde su marcha por Valls, Vilafranca, Martorell, y el Bruch, y en todos estos puntos consiguió los mismos favorables resultados que en la Selva.

Ocho dias gastó solamente en este paseo militar, al cabo de los cuales se halló al frente de Manresa, ciudad que abrigaba á la junta superior de la insurreccion, y se consideraba como su principal foco.

XXXIII.

La aproximacion de las tropas leales á Manresa introdujo la consternacion en aquella junta que se abrogaba tan soberano poder. Sin valor de hacer frente á un número menor de fuerzas de las que pudo presentar, no empleó otro medio de hacer alarde de su superioridad, que el de apelar á una vergonzosa fuga, yendo á ocultar su impotencia en las escondidas montañas de la parte de Berga.

Cierto es que Manresa no ofrecia punto alguno de defensa, como sucede en toda poblacion abierta; pero no impedia esto que se hubiera trasladado la junta á otro punto con mas dignidad que lo hizo. Salió de Manresa disuelta, humillada y derrotada. Ni los mismos voluntarios realistas de la poblacion la acompañaron.

Al aproximarse el conde de España á la ciudad, dispuso que el coronel don Antonio Montenegro, con dos oficiales mas, se trasladase á la izquierda del camino sobre una altura, para proyectar una bateria que debia establecerse, si como era de presumir, se hallaba resistencia.

Durante esta operacion, iban las tropas tomando posiciones. Manteniasse el capitan general sobre el camino, y procedente de Manresa, se presentó una di-

putacion compuesta de algunos individuos del ayuntamiento y otras personas de la ciudad. Las protestas de esta diputacion, y las mentidas seguridades que dieron al conde de España de que no habia ni un hombre con las armas en la mano, le inspiraron tal confianza, que, despues de dictar ciertas disposiciones, se dirigió á la poblacion, acompañado de sus ayudantes de campo el marqués de la Lealtad, el conde de Mirasol y don Manuel Lassala.

Siguiendo su costumbre religiosa, dirigióse al convento de Santo Domingo, se apeó á la puerta de la iglesia, y entregando los caballos á los precisos ordenanzas que formaban la escolta, entraron en el templo arrodillándose delante del altar mayor para dirigir sus preces al Eterno: preces en las cuales invocaba la proteccion del Dios de las batallas, y ofrecia deponer en sus aras los trofeos de sus fáciles victorias. El conde, que todo lo esperaba de la Providencia, confiaba en ella justamente, porque legitimaba con actos visibles su confianza. Vamos á narrar un hecho que bien podia creer el conde de España ser obra de esa misma Providencia á quien se encomendaba. No se necesitaba ser fanático para creerlo así; bastaba tener algunos quilates de fé.

Sin dirigirse á la iglesia ¿cómo hubiera descubierto la falsia de la diputacion que salió á recibirle? ¿cómo haber evitado que la fuerza que se ocultaba en los claustros dispusieran la celada que quizá tenían preparada para apoderarse del conde, inutilizarle y esterminar así el mejor campeon que tenia el rey, y el mas temible enemigo de los insurrectos?

Razon tenia el conde de España para acudir al templo antes de dictar la ley á las poblaciones conquistadas, ó entregadas, y recibir allí las inspiraciones que le sirvieran unas para asegurar su triunfo, y fueran otras los secretos avisos del ángel que velaba por su seguridad.

XXXIV.

Postrados un breve rato de hinojos ante la Divinidad, se levantan y se dirigen á la puerta de la iglesia que conducia al claustro. Al abrirla y adelantar algunos pasos hacia el patio, se encontraron con un batallon de realistas que estaba formado descansando sobre las armas. En una escalera que estaba en el fondo de los arcos correspondientes al frente opuesto de la puerta de la iglesia, habia unos cuantos religiosos apoyados en la barandilla, contemplando asomados en aquel balcón un espectáculo que nadie comprendia.

Asombrado el capitan general de lo que veian sus ojos y apenas podia comprender su razon, se dirigió súbitamente á los frailes, y haciendo retumbar por aquellas elevadas bóvedas su estentórea voz: «Us- tedes, les dijo, serán las primeras víctimas. Yo no podré contener á los batallones de la Guardia, que vienen tras de mí, cuando vean que se les ha engañado, y que aun hay quien tiene las armas en la mano contra la autoridad soberana del rey. ¡Estos desgraciados van á pagar culpas que no tienen!»

A esta imprecacion inesperada, bajaron los religiosos la frente, y subieron la escalera silenciosos.

El capitan general mandó entonces disimuladamente al marqués de la Lealtad que corriera á traer un batallon de cazadores de la guardia. Acto continuo exigió el desarme del batallon de realistas, y su salida del convento. Obedecieron todos, conmovidos por la energía de aquel valiente militar, y el capitan Lassala estuvo de centinela en las puertas, para que no volvieran á entrar los paisanos. El conde de Mirasol velaba las armas como un soldado.

Con tan decididos compañeros nada temia el conde de España. Sus enemigos estaban aturdidos: ni osaron replicarle, ni retardar la obediencia.

En breve tiempo quedó el claustro lleno de fusiles, y tres hombres solos contemplando aquel inmenso botín de tan brillante y repentina victoria. Repetiremos los nombres de los tres: el conde de España, el de Mirasol, y don Manuel Lassala.

XXXV.

No se hizo esperar mucho el marqués de la Lealtad con el batallon que fué á buscar. Llegan estas fuerzas al convento, y sube entonces el conde de España á las habitaciones de los religiosos, donde tuvo con ellos una entrevista, en que se dedujo, por lo poco que se pudo oír, que los reprendió agriamente.

Estos acontecimientos tuvieron lugar el 8 de octubre; dia en que fué ocupada por las tropas del rey la ciudad de Manresa, que temia el castigo de su rebel- dia. Alojaronse los soldados en las casas; y al llegar el conde á la que le estaba destinada, se presentó el ayuntamiento y el doctor don Magin Pallás, ex-individuo de la junta. Suscitóse entonces una fuerte polémica, y dió por resultado la prision de Pallás, que se- gún aparecia, fué el autor de la celada preparada en el claustro del convento de Santo Domingo. Manifestó luego el ayuntamiento tener preparada la comida con que pensaba obsequiar al capitan general; mas dispuso éste que toda, sin que nadie la tocara, se llevara á la cárcel, como se cumplió; agradeciendo los presos la desconfianza, ó la generosidad del conde de España.

Posteriormente se formó causa á Pallás, y sentenciado á la última pena, la sufrió siendo fusilado en Tarragona á las siete y media de la mañana del 18 de noviembre.

La bandera negra y tres cañonazos, anunciaron otras tantas ejecuciones en las personas del citado doctor, de don Miguel Bericart y del teniente coronel don Joaquín Laguardia, de quien aun tenemos que ocuparnos.

Los tres cadáveres ensangrentados, permanecieron el resto del dia colgados en la horca.

XXXVI.

Desde Manresa marchó el conde de España al castillo de Cardona, donde se depositó un convoy de víveres, y se relevó y reforzó su guarnicion.

Al siguiente dia continuaron las tropas su marcha para Berga, en cuyo punto se hallaba Busons. El activo gefe de E. M. corrió con las compañías de cazadores de vanguardia, dándolas diferentes direcciones para envolver á los rebeldes. Trataron estos de contener las fuerzas leales, rompiendo sobre ellas un vivo fuego, y emprender así su retirada al abrigo de las fuertes posiciones que les presentaba el terreno; pero reciben orden los cazadores de cargar á la bayoneta, y lo ejecutan obligando al enemigo á una desordenada dispersion que le hace abandonar la villa, algunas municiones, equipages y papeles.

Busons mandaba entonces mas de 1,500 hombres. Temia Carratalá se volvieran á reunir, y destacó seguidamente varias partidas para perseguir á los dispersos, lo cual ocasionó la presentacion de muchos realistas y la libertad de algunos soldados del regimiento de la Reina, que tenian prisioneros.

Esta pequeña, aunque bien acertada providencia, fué importante por los utilísimos resultados que produjo, y por la sangre y lágrimas que ahorró; pues ocasionando la presentacion de muchos ilusos les libró de posteriores padecimientos, al fin de los cuales, hallarian, como hallaron muchos, una muerte desastrosa.

Reunidas aquella noche todas las fuerzas, siguió el conde de España su victoriosa marcha, y se halló en breve al frente de Vich, en cuya poblacion sucedieron acontecimientos extraordinarios, que no publicariamos á no exigirlo el curso de nuestra historia.

XXXVII.

Preciso es remontarnos á los primeros sucesos de Vich.

Tiempo hacia que el clero de esta poblacion habia convertido el púlpito en tribuna revolucionaria y transformado sus sermones en tribunicias arengas. Con la divina imagen del Redentor en la mano, y dando á sus discursos el lenguaje de la conviccion, predicaban la impia cruzada, á la cual convocaban al pueblo con el mismo entusiasmo que el ermitaño Pedro á la cristianidad. El doctor don Nicolás Fábregas, capellan de los realistas de Vich; el P. Puig, prior de los dominicos, los PP. Ginés Palau y Solá, guardian el primero, y religioso el segundo de los franciscanos, y el P. Francisco Mora, del oratorio de San Felipe Neri, fueron los que se distinguieron en su exaltada oratoria, cuya exaltacion crecia al asistir á estos actos religiosos el Ilmo. señor obispo. Este prelado habia concurrido á una junta, tenida en el monasterio de Ripoll, en la que se hallaron el obispo de Gerona, un delegado del de Solsona y los abades de Ripoll y de Camprodon. Sabedora la policia de esta reunion, adoptó algunas providencias para hacer ineficaces sus resoluciones. Mas ¿cuál era el poder de la policia contra el ascendiente de un obispo, que á título de visita recorria las parroquias, llegaba hasta Igualada, y perturbaba los ánimos solo con manifestar sus sentimientos? Patente se vió luego su influencia al notar que en los pueblos por él visitados fué donde se ostentó mas vigorosa la rebelion. En la plática de comunión que celebró el Ilmo. señor obispo el 7 de marzo de 1827 en la iglesia de PP. dominicos, indicó á los estudiantes que estaban espuesto á una guerra civil peor que la pasada.

En el convento de capuchinos de Vich era donde se celebraban las reuniones con asistencia del exaltado religioso francisco Miguel de Vich, de Fábregas, de don José Clará, comandante del batallon de realistas, de varios oficiales del mismo, y de Pablo Beneseit, compañero inseparable de Clará. Celebrábanse tambien conciliábulos en las casas del boticario Vinader, del confitero Isern, de los tenderos Plá y Costa, y en otras tantas cuantos eran los conspiradores: dominaban la poblacion, y obraban con franqueza y sin mucha reserva. Acudian religiosos de fuera: concertábanse planes, como lo hizo el P. Miguel Casas, franciscano conventual de Lérida; y el mismo cuerpo municipal no se hallaban exento de la grave responsabilidad que pesaba sobre los conspiradores.

Tales fueron los precedentes de la insurreccion de Vich, que fué simultánea de la de Manresa y otros puntos.

(Se continuará.)

A. P.

SEMANA LITERARIA.

Juicio del año.

Héme aquí, lector carísimo, metido en un compromiso del que habremos de salir mal que bien, magüer lo poco dispuesta que se encuentra mi péñola á trazar en el papel las ideas que me vengan á las mientes,

por la sencilla razón de que nadie piensa en otra cosa que en atracarse de pavos, gansos y capones cebados, alimentos todos que si bien ponen al estómago en ac-

quando mas salen á relucir las facultades musicales de todos los cantantes de salón, sin duda por obedecer á la ley de los vice-versas, así es que las gaceticillas están lle-

tropezaremos con una muger que aunque fea es mu-
vieja, creyendo enamorar á una sílfide, y gastados
los reales, perdido el color y el apetito, sacaremos en



(Fig. 1.ª)

tividad, embotan la imaginación. Mas, quiso el editor de *La Semana* que su periódico saliese á luz en primeros de año con el requisito de todos los almanaques españoles, y ya puedes verme sentado en mi poltrona frente á una mesa con todos los arreos de escribir y sin saber como empezar y mucho menos concluir *El Juicio del año*.

Pero una vez que ello ha de ser empezemos.

¡Enero! ¡Enero! Mes de escarchas y resfriados: mes ceñudo, cariacontecido y melancólico! Yo te saludo, mes de las colas de gato y tapabocas (fig. 1.ª): mes propicio á los manguiteros; mes de treinta y una noches que no días.... Yo te saludo envuelto en mi bata y mi gorro de dormir, única forma decente de recibirte.



(Fig. 2.ª)

Amantes como dos palominos....

En este mes, lector amado, reinan los vientos Nortes que es una delicia, vientos que vienen preñados de sabañones, pulmonías y otras simplezas de que adolece nuestra frágil naturaleza. En este mes, la parte mas proeminente de nuestro cuerpo, vulgo la nariz, padece calamidades sin cuento; por eso opino que es la parte que esencialmente debemos resguardar y para ello tengo mis razones. Primera: que de no hacerlo así, cambian de color y se tornan en jaspeadas de nacaradas que eran antes. Segunda: que adquieren proporciones nada comunes y figuran desventajosamente en



(Fig. 3.ª)

Se me figura, paloma mia, que tengo setenta años menos... los saraos. Y ya que de saraos se trata, decirte he que en este bendito mes de los catarros, es precisamente

nas de por-
menores
acerca del
concierto
vocal, na-
sal é instru-
mental da-
do en casa
de la mar-
quesa de la
Peregila y
otras yer-
bas, en el
cual cierto
prógimo al
querer sos-
tener un do
de pecho
abrió tanto
la boca, que
no ha habido
fuerzas hu-
manas que se la
hayan hecho
cerrar des-
de enton-



(Fig. 5.ª)

—Recibid, señorita, este pequeño....—Si mamá lo permite....

limpio una reuma ó pulmonía. A bien que despues de entierro de la sardina, cosa digna de esculpirse en mármoles para memoria de lo futuro, entraremos en el carril de la vida prosaica de cuaresma, durante la cual, y en prueba de enmienda, la libra de carne pesará tres cuarterones: los usureros no llevarán mas que el 250 por 100 y los propietarios no pedirán mas que doce meses adelantados á sus inquilinos. Y todo esto será efecto de los sermones y penitencias.



(Fig. 6.ª)

¡Oh próspera naturaleza!

Se me olvidaba añadir que en esta primera estación del año, los hombres serán orgullosos, feos y egoístas; pero vestirán invariablemente de gaban, y rizarán el bigote á lo hugonote; al paso que las mugeres serán coquetas, insípidas, frívolas y demas; pero se adornarán con orejas de elefante y clavos romanos.

¡Abril! Abril! Mes en el cual tengo para mí que sucedió el diluvio y por eso se le ha quedado la mala costumbre de regalarnos chaparrones á montón: he aquí un mes del cual poco ó nada hay que decir, sino es que la naturaleza comienza á bullir y los habitantes de Madrid y demas ciudades salen al campo á disfrutar de las primicias primaverales; (fig. 2.ª) mes en que se sienten los primeros ímpetus de la sangre rejuvenecida.

Y ¿qué me direis del mes de mayo? mes florido y de perfumadas brisas, en que todo renace, en que todo se engalana, en que huye la tristeza y hasta la vejez se alegra y sale retozona, risueña, pizpireta y juguetona á gozar de los benéficos rayos solares. (fig. 3.ª)

En este mes floreado el sexo feo se vé sobrecargado de algunas contribuciones indirectas: en los paseos se verá acosado por las ramilleteras y obligado á desembolsar una docena de reales, precio de otros



(Fig. 4.ª)

Efectos primaverales.

de los sermones, de los cuales sacamos no poco aprovechamiento: mes en que las mugeres se duelen de sus faltas pasadas y prometen cometer las mismas en lo sucesivo: mes en que los hombres somos tan juiciosos como en los anteriores: mes en fin inmediato á febrero.

HORÓSCOPO DE ESTE TRIMESTRE.

Los que nazcan en él, tendrán frío en diciembre y calor en agosto: las manos de los barberos serán cámbanos de hielo: el sol saldrá... para los antípodas; pero en cambio los faroles se apagarán á las nueve de la noche: en las aceras habrá natillas de día y se correrán patines de noche: el género humano estornudará á las mil maravillas: en cambio las murgas deleitarán nuestros tímpanos, y los hijos de Pelayo correrán á ver llegar á los Reyes: se cambiará de carácter y hasta de sexo: iremos á Villahermosa á pagar seis duros por un pollo contemporáneo del general Castaños;



(Fig. 7.ª)

Un doctor condecorado.

tantos ramilletes de tomillos y espliego, los cuales regalará con amable galantería á la cándida y pudorosa

joven mas cercana, la cual con gracioso mohin agradecerle ha el obsequio (fig. 5.^a)
¡Junio! Ya estamos en junio...—¿A dónde vas?—A

HORÓSCOPO DE ESTE TRIMESTRE.

Los que nazcan en él serán alegres, bonachones, mentirán á mas y mejor: los hombres serán muy idóneos para la diplomacia, y se singularizarán por el esmero con que llevarán anudada la corbata. Las mugeres estarán mas propensas á sufrir ataques de nervios, y los médicos ganarán sendos pesos duros. Los naturalistas se estasiarán y correrán detrás de cada mosca brillante, ó se pasarán horas enteras considerando atentamente el vuelo de las mariposas (fig. 6.^a): los jóvenes no podrán saludarse sin requerir la espada, y escupir por el colmillo, lo cual será causa de muchos lances de honor (fig. 4.^a), de los que sacará fruto de bendición el hermano L' Hardi ó el fondista del Príncipe; en cambio de estos perances, no habrá muger decente que no tenga una entrevista con su médico, el cual muy entonado (fig. 7.^a) se presentará media hora después al papá ó marido de la susodicha y le anunciará oficialmente que la interesante beldad se muere sin remedio sino marcha á tomar baños marinos. Asustaráse el marido ó papá, y tres dias después las encanijadas fembras ruedan hacia el Norte, acompañadas del amante, que á su vez marcha empaquetado en la diligencia, ó en la prosaica mensajería.

¡Julio! Mes en que desaparecen las brisas y sopla el simoun: mes en que el sol nos mira con tal cariño y fijeza, que nos sorbe los sesos: mes de los tabardillos y de las corridas de toros: mes en que los rubios se convierten en morenos, y los morenos en negros: mes en que descansan los sabios, y nada hacen los que no lo son: mes en fin en que domina el dulce far niente.

¡Agosto! Mes volcánico, carbonizado, canicular: mes en que el cuerpo humano se va desecando y reduciéndose al estado interesante de momia: mes en el cual las doradas aguas del Manzanares reciben en su seno nada limpio, los cuerpos de la mayor parte de los habitantes de la coronada villa que por razones particulares se han visto obligados á dejarse abrasar pacientemente en este horno llamado Madrid.

Ya llega setiembre, mes insulso, sin accidentes de ninguna clase; mes en que solo hay de notable la decadencia del calor y la ausencia mas prolongada del compadre Febo.

HORÓSCOPO DEL TRIMESTRE.

Los que nazcan en él, serán perezosos, bebedores y muy á propósito para recibir 50,000 pesos en herencia. Los que quedan en Madrid, ya sabemos en que pasarán el tiempo; los que se ausentan á Chamberí ó á los Carabanchales, con el objeto de hacer creer que han estado en Dieppe ó San Sebastian, no saldrán de casa, á no ser de noche y entonces disfrazados; los que por el contrario hayan ido á tomar baños en realidad, serán divididos en tres clases. La primera será la que real-

mente los necesite: estos pobres diablos, no pudiéndose tener en pie, serán izados con una polea hasta las ramas de un árbol á guisa de linternas (fig. 10), y en tan cómoda postura, perseguidos por los moscardones, alcanzarán la salud los que sanaren, y los que no, volver-

(Fig. 8.^a)

—¿Qué bebidas tiene vd?—Las que vd. pida.—¿Horchata?—Se acabó.—¿Cebada?—No hay: pero en cambio tenemos agua de la fuente del Berro.

Biarritz.—Yo á Arechavaleta.—Yo á San Sebastian.—¿Y cuándo marchas?—¿Y tú?—Yo mañana.—Pues yo pasado.—Adios pues, Eduardo: hasta octubre.—Adios, Julio.

Y Eduardo se separa de su amigo y se dirige á

(Fig. 9.^a)

Tren de batir el calor....

Chamberí, en donde pasará los meses calurosos refrescando su abrasado cutis en las límpidas ondas del mar que baña aquel pueblo, mientras Julio se estravia en las callejuelas de Carabanchel de Arriba, y los dos

(Fig. 10.^a)

¡Est: baño me da la vida!....

rán diciendo para sí: «¿Qué felices mi amigo que puede irse á baños!..»



ORTEGA

(Fig. 11.^a)(Fig. 12.^a)

ORTEGA

Octubre es otro de los meses que apenas ofrece mas novedades que las que se desprenden de la vuelta de los bañistas y las que se observan en los vetustos trastos que obstruyen plazas y calles. En este mes de los anacronismos tiene el observador y paseante en

(Fig. 13.^a)

—¡Ruperto! Ya son las diez de la noche, y aun no has colocado la ficha que tomaste á las tres...—¡Paciencia! Policarpo; déjame pensar!

que entretenerse. Verá en la... una mesa trípode en la plazuela de Santa Ana, cuyo cuarto miembro figurará en una de las tiendas del Rastro: los habitantes

de Madrid disfrutará del singular placer de pasearse horas enteras por las aceras de la calle de Alcalá con la nariz en alto, rodeados, pisoteados y molidos por sus prójimos y conciudadanos; pero en cambio se acudirá á la exposición de pinturas en donde se podrán admirar los ciento y cincuenta retratos de personas apenas conocidas y que por lo mismo tienen la ventaja de no estar sujetos á crítica acerca de su parecido.

¡Dichoso mes! que empieza por Todos Santos y acaba con San Andrés. ¡Noviembre! Mes de las corridas de caballos, *steeple chase*, y de los aspirantes á ser sabios.

Ved aquí dos individuos que caminan al templo de Minerva de distinto modo y por diversos caminos. El uno cargado de razón y de libros (fig. 11), corre desahogado á las aulas universitarias por no perder ni la primera palabra que haya de pronunciarse su catedrático: este es un estudiante concienzudo. El otro cargado sobre la espina dorsal de un *pur sang* del condado de Iwons-hire, corre también á adquirir ciencia y nombradía en las carreras del Hipódromo. Sus estudios darán el siguiente resultado. El primero siempre andará á pie y será salpicado de lodo por el carruaje en que irá muellemente sentado, el segundo (fig. 12).

¡Huf! ¡Que frío! Ya estamos en pleno invierno: he aquí al amigo diciembre con su capa blanca y rostro amoratado: mes de las tertulias y de los atracones: mes en que se propinan salutariferas recetas á los pueblos y laxantes á los golosos: mes del juego de damas y chaquete (fig. 13): mes en que hay una noche buena en cambio de treinta malas: mes de *soirées matinales* y demas acabados en *les*, merced á los adelantos de nuestra lengua: mes de esterados y braseros: mes de turroneos no ministeriales: mes, en fin, en que hoy se atrapa una indigestión y se está pensando en la que se atrapará mañana: mes en que los pavos, los capones y los besugos sucumben bajo la desapiadada mano de la impertérrita guisandera: mes en que la guadaña de la muerte no tiene un momento de reposo: ¡yo te saludo, mes de Santa Bárbara y San Silvestre!

HORÓSCOPO DEL TRIMESTRE.

Los que nazcan en él, serán grandes matemáticos si son varones, y si son hembras muy prolíficas: ellos tendrán un carácter sumamente dulce cuando no se les contradiga, y ellas muy amables con cuantos las lleven á bailes ó se les consientan hasta sus mas estravagantes caprichos.

En este trimestre habrá sendas epidemias, efecto inmediato de los atracones: se reventarán caballos á montones en honra y gloria de la *Sociedad para la mejora caballar de España*, y ganarán sendas pesetas los *jockeys* venidos de Hyde-Park para hacer galopar á nuestros potros cordobeses: ¡oh patria de los Trigos y Charpas! ¡Y cuán atrasada estás en esto de cabalgar!

REASUMAMOS.

El año de 1830 constará de 12 meses como los demás años: tendrá 365 días, horas mas ó menos, lo mismo que el año pasado: la sociedad adolecerá de los mismos vicios aunque en compensación tendrá menos virtudes. Los amigos engañarán á sus amigos: las mujeres á los hombres y estos á aquellas: casi una mitad de los hombres serán varones, y todas las mujeres hembras: no habrá pronunciamientos públicos, pero habrá muchos privados: caerán dos ministerios... no decimos cuales: los varones seremos tan tontos, necios y egoístas como siempre y las mujeres tan inconstantes y ligeras como en tiempo del hermano Adán: habrá ladrones titulados y titulados ladrones: se sustituirá el aceite con el gas, pero no por eso dejaremos de estar á oscuras á las once de la noche. Habrá esperanzas de que se moralice el ramo de criados, y el camino de hierro de Aranjuez conducirá á Madrid frescas y esparagos en 48 horas.

Deus super omnia.

M. GOIZUETA.

EL ÚLTIMO ABA TE.

(Conclusion)

Apenas rayaba el alba de una hermosa mañana del mes de las flores: todas las gentes del meson yacían sepultadas en dulce sueño: no se sabe por qué casualidad se hallaba el abate en el cuarto de la huéspeda, cuando de repente se oyen repetidos y estrepitosos golpes en la puerta de la calle.

—Hé, hé, muger, soy yo, abre pronto la puerta.

—¿Qué golpes son esos? preguntó Cordier espantado y vistiéndose á toda prisa.

—Es mi marido que vuelve de su viage, contestó no menos turbada.

—¡Vuestro marido! ¿sois casada?

Ninguno de los dos habian pensado en semejante cosa.

La mesonera se asomó á la ventana.

—Espera, dijo, bajo inmediatamente.

Peró una criada mas diligente habia abierto ya, y el marido encontró al abate en la escalera que bajaba apresurado en mangas de camisa.

—¡Hé aquí la causa de la tardanza en abrir la puerta! exclamó el marido montado en cólera, ¡bueno habrá ido todo durante mi ausencia! Despues ajustare-

mos cuentas; mas por de pronto muera este pisa-verde.

Y diciendo y haciendo se lanza hácia Cordier enarbolando un nudoso y grueso garrote; hurta este el cuerpo y afortunadamente evita el golpe mortal; de un brinco salva la escalera, y echa á correr mas ligero que un gamo atravesando campos, zanjas y vallados. Su espanto era tal que se le figuraba ver siempre detrás al inexorable mesonero con el garrote levantado sobre su cabeza. Durante media hora no cesó de correr, pero al fin agotadas sus fuerzas y muerto de fatiga cayó al pie de un árbol en medio de un espeso bosque.

Todo cuanto pasaba le parecia un sueño á nuestro pobre fugitivo, tan repentino é impensado habia sido el lance: necesitó reflexionar cinco minutos para convencerse que era realidad, comprender bien todo lo ocurrido y medir toda la estension de su infortunio.

—¡Qué funesta aventura! exclamó al fin, ¡pasar desde la mas suprema felicidad á lo mas profundo de la desgracia: encontrarme perdido en lo mas enmarañado de un bosque, sin casaca, y ni aun haberme ocurrido anoche poner el dinero en el bolsillo de los calzones! ¡Oh, desesperacion! ¡es cosa para echarse un lazo al pescuezo! y sin duda lo hubiera hecho á tener una soga á mano; pero como carecia de ella, pensó buscar alguna cabaña en donde pedir un mendrugo de pan para desayunarse.

No conocia absolutamente el parage en que se encontraba, temia además tomar la direccion que lo aproximase á Mortain, y el resultado fué internarse mas y mas en aquel intrincado laberinto. Pero su buena estrella que nunca le abandonaba le depaó unos leñadores, á quienes preguntó si encontraria en aquella espesura alguna choza ó habitacion. Los buenos aldeanos le indicaron una ferrería que no estaba lejos; en seguida nuestro jóven se encaminó á ella: el ruido de los martillos le sirvieron de segura guia. Junto á la fábrica se elevaba una casita de bella apariencia cercada de un jardin muy bien cultivado: la puerta estaba abierta, y acordándose de que los leñadores le habian dicho que el dueño se llamaba Mr. Durand, y que era excelente sugeto, impelido por el hambre no dudó en entrar; pregunta por Mr. Durand, pide hablar con él, y en seguida es introducido en un gabinetito, en donde ve sentado junto á una mesa á un hombre obeso, de fisonomía bondadosa que suspende su trabajo, pone la pluma detrás de la oreja y se dispone á escucharlo.

—Señor, dijo el abate, vengo de París, me dirigia á la Trapa para tomar el hábito, y me he extraviado en el bosque; ¿teneis la bondad de mandar se me dé un poco de pan ó al menos indicarme la senda que me guiará al convento?

Al golpe conoció Durand que el que le hablaba no era un mendigo.

—Con toda mi alma, querido jóven, contestó este con agrado, un bocado de pan á nadie se niega, aun os ofrezco hacer mas: vá á sonar la hora del desayuno, y voy á prevenir que añadan un cubierto en mi mesa. ¿Es inclinacion ó algun grave disgusto el que os inspira ese maldito deseo?

—Es únicamente porque soy desgraciado.

—¡Bah! al diablo la vocacion: la suerte se cambia cuando menos se piensa.... ¿queréis trabajar en mi establecimiento?

—Permitidme me tome tiempo para pensarlo.

—Enhorabuena, hablaremos: ahora venid, os prestaré una casaca, pues no seria decente que os sentaseis á almorzar con mi muger é hija en mangas de camisa.

Mr. Durand tenia un hijo que estaba viajando: entre sus vestidos se encontró uno que venia como pintado al abate: entretanto el desayuno estaba servido. El dueño condujo de la mano al convidado, que tomó asiento entre Mr. Durand y Mdle. Carlota, jóven de 18 años, y ademas muy linda. Nuestro héroe almorzó de lo lindo; él mismo se burló con mucho donaire y gracia de su insaciable apetito, contó su historia sin hacer por esta vez mencion de sus amores. Mr. Durand y su familia no veian ni trataban con nadie: las agudezas y chistes del abate los divirtió en extremo. A los postres el dueño de la ferrería que era gran bebedor, pidió á su huésped que le acompañase á desocupar una botella: el abate por complacerle bebió dos sorbos de aguardiente, que lo pusieron de buen humor, aunque sin hacerle perder su sencillez y moderacion. Durand quedó encantado y le invitó con la mayor cordialidad y franqueza á que se quedase un par de dias en su casa.

V.

Luego que se levantaron de la mesa, Mr. Durand, segun costumbre de los dueños de grandes establecimientos, llevó á su huésped para que viese sus máquinas, fraguas, martinete y hornos de fundicion sin omitir sus bien poblados corrales y huerta: Cordier lo admiró todo con mucha política: en el taller de carpintería se detuvieron á observar á muchos operarios muy ocupados para trazar un óvalo sobre una tabla: los pobres hombres que ignoraban como se habian de gobernar, se afanaban hacia mas de una hora haciendo círculos sobre círculos sin lograr su intento. Ya hemos dicho que nuestro abate entendia un poco de todo: se acordó entonces de una operacion muy sencilla que se encuentra en todos los tratados de geometría descriptiva: mide con un compas los dos centros de la elipse, fija dos clavos á los que ata dos bramantes iguales en longitud á la del eje mayor, y con un lápiz que acom-

pañá al bramante obligándole siempre á estar muy teniente, en menos de un minuto describe sobre la madera el deseado óvalo. Mr. Durand quedó estupefacto, y los obreros que en vano habian intentado resolver este problema lo tuvieron por un nigromántico.

—¡Cómo! exclamó aquel, ¡vos sois sin duda un eminente matemático!

—No sé de esta ciencia mas de lo que habeis visto, contestó riéndose Cordier.

—¡A fe mia que no es poco! apuesto que en veinte leguas á la redonda no hay uno que sepa tanto como vos; si queréis emplear vuestros talentos en beneficio de mi establecimiento os ofrezco un buen destino, y además los gages, que serán muy decentes.

—Disimulad, señor, que os hable con claridad, soy demasiado franco y no trato de engañaros: no tengo apego al dinero, y soy incapaz de aplicarme por mucho tiempo á un mismo trabajo: os seria gravoso.

—¡Es lástima! por vida mia es una lástima, repitieron muchas veces Durand.

Era Mdle. Carlota una jovencita hermosa: ojos azules y brillantes, y unas manos de alabastro: su aislamiento y gusto por la lectura de novelas le habian inspirado ideas muy románticas. Nuestro abate no le enseñó matemáticas, pero si muchos juegos de naipes y otras habilidades para que se divirtiese por la noche: la jóven sabia algo de botánica: Cordier tenia algunas nociones de esta ciencia, y los dos iban juntos á coger flores en el jardin, y despues buseaban nombres en los libros. Hizose en aquella ocasion un importante descubrimiento de los ocultos talentos de huésped: nuestros lectores nos perdonarán de haber llegado hasta esta parte de la historia sin haberles dicho que Cordier sabia tocar la flauta, si no como un profesor consumado, á lo menos lo bastante para entantar al propietario de una ferrería solitaria en el bosque de Mortain. En todos tiempos los modulados trinos de este dulce instrumento han vibrado agradablemente en los oídos de las doncellitas: ahora bien, en la casa habia por casualidad, y la hija tocaba el clave: hicieron juntos sus conciertos, y desde aquel momento simpatizaron sus corazones. La jovencita levataba sus hermosos ojos hácia el acompañante en aquellos pasos que la nota espesaba ternura y afectos tiernos, y el flautista bajaba los suyos, los dirigia á la clave, y en aquellos momentos su instrumento sacaba tonos mas tiernos y espresivos: de esta manera se hablaban se decian todo lo que sentian sus corazones mientras que el padre dormitaba en su poltrona y la madre se entretenia en su labor.

No era Cordier un seductor, pues ya hemos visto que en el pequeño número de sus conquistas siempre ha dejado dar los primeros pasos al sexo hermoso: pero una vez enamorado no habia freno que lo contuviese: rara vez sabia oponer la razon al fuego que le consumia.

Luego que dos corazones están acordes les es fácil hallar ocasion para comunicarse: Cordier que habitaba en el segundo piso tenia costumbre de sentarse un momento antes de acostarse junto á la ventana para disfrutar el embalsamado ambiente de la noche. Mdle. Carlota hacia otro tanto en el cuarto principal; tosía que-rido, el abate contestaba en el mismo tono como dándole las buenas noches: por la mañana se repetia la misma pantomima: ciertamente era este un pasatiempo harto inocente si con esto estaban satisfechos, pero ¿cuándo lo están dos que se aman? ¡nunca! sean una prueba nuestros jóvenes: primero se cambiaron algunas palabras sueltas, despues ya fueron mas largos periodos: principiò alabándose la serenidad de la noche, la claridad de la luna, de allí naturalmente se pasó á pintar la felicidad que disfrutaban dos amantes que viven juntos, solos é ignorados del mundo en el centro de un bosque.... acalorada su imaginacion con tan sabrosos coloquios se olvidaban que existian en la tierra un padre, una madre, nodriza y criados, y se creaban una posicion conforme á sus deseos. Siempre que el abate salia de su cuarto cerraba la puerta con estrépito, y al mismo tiempo se abria quedito la de la jóven, se encontraban por casualidad y bajaban juntos la escalera lo mas despacio que podian. Por desgracia las madres son linceas, y ven lo que pasa en el corazon de sus hijas: una malhadada mañana vió madama Durand á los dos jóvenes que se abrazaban tal vez por distraccion: corre sin detenerse al cuarto de su esposo y pide despida inmediatamente de su casa al señor abate.

—Amigo mio, dijo el buen Durand á su huésped, mi muger cree que enamorais á mi hija, yo no me enfado por esto, lo mismo hubiera hecho yo á vuestra edad, pero como no podeis casaros con ella porque no teneis un ochavo, es preciso, si os place, desalojar mi casa.

—Nada tengo que responder, contestó consternado el jóven, es cierto que amo á la señorita vuestra hija, y que soy pobre: habeis tenido la bondad de darnos hospitalidad en vuestra casa mas de una semana, estoy penetrado de reconocimiento; adios, señor, voy á marchar con el mayor sentimiento.

—Pobre muchacho, exclamó el dueño compungido, tomad, aqui teneis cien escudos que os presto y que me volvereis cuando mejoreis de suerte; sobre todo no penseis en la Trapa: voy á mandar que os lleven hasta ponerlos en el camino de París.

Mme. Durand queria que se fuese el abate sin ver á su hija, pero esta logro escaparse sin que lo advirtiese, llegó á tiempo que Cordier iba á subir al carruaje.

—Señor Cordier, suspiró esta, nos separan violentamente: ya no nos veremos mas.

—¡Ay de mí, señorita! mucho lo temo, porque tal vez el sentimiento acabará con mi vida.

—¡Ah! si moris, sepálo yo, no os sobreviviré... dadme alguna prenda, la guardaré para eterna memoria vuestra.

El abate sacó de su dedo una sortija que le había dado la Doligny, era lo único que podía ofrecerla. La jovencita le dió en cambio un pañuelo bordado por su mano.

—Guardadlo, le dijo, que jamás se separe de vos.

—Nunca, querida mía, contestó Cordier poniéndole sobre su corazón.

En esto llega Mme. Durand desalada: el abate se lanza en el fondo del carruaje y los caballos parten á galope: aun llegó á sus oídos la voz de Carlota que gritaba «Adios, adios.»

No podía comprender nuestro pobre desterrado cómo era posible separarse de una querida sin morir de dolor: figurábasele que todos los diablos del infierno se habían apoderado de él y lo arrastraban contra su voluntad de precipicio en precipicio únicamente por atormentarlo. Sumergido en tan desagradables reflexiones llegó al camino que conducía directamente á la capital: el cochero de Durand lo dejó en una posada y se despidió deseándole feliz viage. Tomó allí asiento en una diligencia que iba á París. A medida que se iba acercando á la gran ciudad se iban coordinando sus ideas: recordó que una desesperación amorosa había sido causa de sus correrías y suspiró acordándose de la ingrata actriz: luego se presentó á su imaginación la bella mesonera de Mortain y dió á todos los diablos al marido y su nudoso garrote; pero cuando llegó el turno y pensó en la hija del dueño de la ferretería creyó morir sofocado de sentimiento.

Ah, suspiraba, cuánto mas acertado hubiera sido haberme estado quieto en París en vez de ir trotando por los campos y bosques, entonces solo tenía una pena y ahora me afligen tres. ¡Gran Dios, cuánto me ha enseñado la esperiencia! ahora sé lo que cuesta querer ser trapense!

Lo primero que hizo Cordier luego que entró en París, fué alquilar un cuartito en el piso cuarto de una casa en la calle Montmartre: pagó adelantado un trimestre, en seguida fué á comer en una hostería, hizo limpiar y dar lustre á sus zapatos, y sin detenerse fué á ver los carteles de anuncio: se representaba en el teatro de la Opera *La fingida Inés*, y su corazón latió con violencia cuando leyó el nombre de Mdle. Doligny.

A las 11 de la noche se hallaba nuestro abate entre bastidores en pie en el sitio acostumbrado, siguiendo con la vista todos los movimientos de su dulce enemiga.

—¡Hola, hola! ¿sois vos mi querido abate? exclamó la joven actriz encarándose á él, se decía que estabais en la Trapa.

—Si no estoy en ella es por una rara casualidad.

—¿Acaso alguna aventura picante?

—Una cadena de acontecimientos bien estraños.

—Venid mañana, quiero que me lo conteis todo, todo.

—¡Ah! no puede ser! me seria muy sensible volver á vuestra casa en clase de simple conocido.

—¡Pues qué! ¿me amais todavía?

—No me es posible hacer otra cosa luego que os veo.

—Tanto peor para vos, abate, os causará disgustos...

—Pero al menos habeis sido feliz con vuestro marqués.

—No me lo nombreis, ¡el traidor! me dejó plantada á lo mejor, pero yo no soy como vos, luego me consolé: ahora pertenezco á un recibidor general que me hace morir de fastidio, y tengo deseo de darle dimisorias lo antes posible; hace ya mas de un mes que no he reído, y necesito me conteis vuestras aventuras para divertirme un rato.

—Lo conseguireis si me recibis mañana, es el medio único de volverme la alegría que disfrutaba en otro tiempo.

—¡Oh! os entiendo... vaya, id cuando gustéis, veremos si ha quedado algun pequeño resto de ternura para un antiguo amigo.

El abate se despidió palpitando su corazón de contento y esperanza: como experimentado ya, propuso aprovecharse del momento presente y pasajero capricho de la actriz, sin pensar en el desengaño venidero, embriagante de amor del instante como si fuese el último.

Por todo el oro del mundo no hubiese querido Cordier engañar á la Doligny en el mismo momento en que se manifestaba ella tan complaciente. Contó ingenuamente y sin ocultar lo mas mínimo su encuentro con la mesonera y sus amores con Mdle. Carlota. La actriz reía á carcajadas: al paso que el abate no sabía cómo decir que había dado la sortija de su primer querida á la hija de Durand: cuando lo confesó con harto embarazo, la Doligny exclamó:

—Bendito sea Dios: me afligia temiendo que no habiérais tenido una sola alhaja que ofrecer á la amable niña: no solamente os lo perdono, sino que os ruego acepteis esta que es mejor para que os sirvais de ella en otro apuro igual.

Mdle. Doligny era una de esas jóveues cuya imaginación se exalta fácilmente; la relacion del abate le pareció interesante y divertida; escuchó hasta el fin con la mayor atencion, y cuando hubo concluido, dijo con tierno acento:

—En verdad, mi amado jóven; creo que en este momento os amo con toda mi alma.

Debía haber añadido «hasta mañana,» pero no reflexionó, porque los mas volubles é inconstantes corazones tienen cuando menos la buena cualidad de que ni aun la misma experiencia les hace comprender sus fragilidades. Esta repentina vuelta de la actriz á su primer ternura, fué para Cordier el colmo de la felicidad; encontró en ella á un mismo tiempo la recompensa de sus pasadas penas y el suficiente valor para soportar un nuevo rompimiento, que tardó 24 horas en verificarse.

Llegó el doloroso instante de la separacion; resignado nuestro abate con su suerte, quiso al menos llevar una memoria de aquel venturoso dia; la Doligny le presentó todas sus joyas para que escogiese, pero él no encontró la que deseaba: mirando por todas partes vió el gato de la jóven que estaba durmiendo encima del tocador entre botecitos de pomalas, esencias y salserillas: era este un hermoso animal alegre y jugeton, que preferia al abate entre todos los que frecuentaban la casa, porque ya dijimos en un principio que Mr. Cordier se hacia querer de todo el mundo.

—Esta prenda es la que apetezco, dadme vuestro gato, dijo pasándole la mano por el lomo; el animalito entreabría los ojos sin desconfianza, viendo que lo acariciaba su amigo.

—Exigis de mí un verdadero sacrificio; observó la actriz, os lo doy; el pobrecito ayunará mas de cuatro veces.

—Os prometo que primero faltará para mí; en tanto que tenga un sueldo en el bolsillo no se quedará sin comer.

—Así lo creo, llevadlo.

El abate abrazó por última vez á su querida, cogió el gato y desapareció.

VI.

Muchos años trascurrieron durante los cuales nada de particular ofrece la historia de nuestro héroe. Nosotros mismos lo hemos perdido de vista por un momento; únicamente en 1780 se hace mencion de él con motivo de una ocasion muy solemne; el dia en que Mr. Moreau casaba á su hija mayor.

El abate debía muchos favores al arquitecto del rey para que dejase de llevar su regalo de boda á la novia; consistía este en una cajita de madera blanca que valdria bien 20 sueldos, que contenia un eslabon y pajaritas; Cordier había escrito sobre la tapa con hermosos caracteres, porque era excelente calígrafo, esta inscripcion: *Fiat lux*. El presente en verdad no era gran cosa, pero Mdle. Moreau lo agradeció como si valiese mil escudos, porque no ignoraba los escasos medios de su antiguo amigo, y conocia muy bien el corazón del que le hacia tan modesto regalo.

Desde aquel dia lo hemos vuelto á perder de vista, y nadie ha sabido decirnos qué es lo que hizo ó en qué se ocupó, hasta que en 1791 lo vemos aparecer de nuevo luchando siempre con su mala suerte, pero ingenioso siempre y fecundo en recursos.

Su estrella lo llevó un dia á la bolsa, y nuestros lectores van á ver que ni el tiempo ni las desgracias habían variado su carácter; en aquella época se reunian los comerciantes y bolsistas en la esplanada de Nuestra Señora de las Victorias; y apenas hacia una hora que estaba observando atentamente á los jugadores, cuando comprendió que el principal objeto de estos era ver cómo podian engañarse mutuamente, y que á este fin esparcian falsas noticias y rumores alarmantes; si yo consigo, decía para sí, introducirme entre esta agitada turba, y apostar á que no son ciertas dichas noticias, estoy seguro de ganar de seis veces las cinco. Deseando llevar á efecto tan luminosa idea, se aproxima á un grupo en donde se referia un suceso importante y muy reciente; saluda cortesmente á los circunstantes, y con la mayor sencillez y serenidad dirigiéndose al novelero le dice:

—Caballero, apuesto doce sueldos á que es falso ese suceso.

—¿Teneis algun dato para creerlo contrario de lo que yo afirmo?

—Ninguno absolutamente, pero insisto en lo dicho.

—¿De modo que lo haceis sin fundamento, y únicamente por el gusto de contradecirme?

—Mi ánimo no es ese, mas si estais seguro aceptad la apuesta: doce sueldos no arruinan á un hombre.

El jugador, sea por vanidad ú obstinacion aceptó el reto.

En seguida nuestro abate se dirige á otros corrillos y ejecuta la misma maniobra: de cuatro noticias que corrieron aquella mañana, las tres salieron falsas; ganó 36 sueldos y perdió 12, de manera que salió ganando 24, con los que comió aquel dia. Al siguiente hizo lo mismo, y así vivió una semana á espensas de los inventores de noticias que lo designaban con el apodo de *el abate doce sueldos*, pero ya no quisieron apostar contra él, y se vió obligado á buscar otro medio de subsistir.

Nuestro abate tenia que luchar de continuo contra una miseria tan obstinada que no le daba tiempo para pensar en los graves acontecimientos que pasaban ante su vista; se obró la revolucion sin que comprendiese toda su importancia, hasta que por desgracia vió muy de cerca sus efectos en una menguada mañana: tropezó con un peloton de revolucionarios; ya los curas de grado ó por fuerza habían colgado los

hábitos; así que luego que vieron al pobre Cordier con su sotana y alzacuello, lo apostrofaron con el mayor furor; los desaforados gritos de *¡la lanterne!* (1) resonaban en sus oídos muy contra su gusto.

—Señores, dijo él tranquilamente, conoced á las gentes antes de insultarlas: yo no soy lo que pensais, dadme otro vestido que si es nuevo me hareis un grande favor, porque este mio es harto raído.

Reíanse los sansculotes de la simplicidad del abate y ya iban á soltarlo, cuando las mugeres de la plebe que deseaban ver una ejecucion se opusieron, redoblando con el mayor enternamiento las injurias é imprecaciones.

—Pues así lo quereis, añadió Cordier, yo tambien lo deseo, colgadme pronto, me hareis un singular favor, porque á tener yo cinco sueldos para comprar un cordel ya me hubiera ahorcado yo mismo.

—Dejad marchar á ese pobre diablo, gritó una voz compasiva.

Los ciudadanos que vestian el uniforme de la guardia nacional llegaron muy á tiempo librarlo de una muerte cierta: fingieron que lo conocian y sus verdugos lo dejaron marchar.

Apenas entró en su cuarto nuestro abate, cogió unas tijeras, metamorfoseó su casaca en frac á la inglesa y arrinconó el alzacuello; pero á pesar de su disfraz, siempre bajo su nuevo traje se percibía un tufillo que revelaba el abate del antiguo régimen, y jamás olvidó sus costumbres y grave continente.

Sentimos sinceramente no haber podido averiguar porque série de acontecimientos, probablemente muy dignos de saberse, volvemos á encontrar despues de cinco años á nuestro Cordier ocupando un cuarto muy decente en la calle Montorgueil, secretario nada menos de la *Sociedad de las Nueve hermanas*, y ligado íntimamente con varios sugetos de categoria y suposicion. Únicamente se nos ha dicho que uno de sus amigos lo había presentado cierto dia en aquel club, se habían prendado de su amable carácter y conocimientos, pero en especial habían apreciado su raro talento en el arte de disponer un almuerzo, improvisar una funcion, ó dirigir una fiesta: estas prendas lo habían elevado al alto rango de secretario perpétuo de la sociedad con mil doscientas libras de honorario.

Jamás se había encontrado Cordier en posicion tan lisonjera: aun hubiera podido si lo hubiera deseado avanzar mas y sacar partido, pero su ambicion estaba mas que satisfecha. La Sociedad de las Nueve hermanas contaba entre sus miembros á los ciudadanos Monge, Barras, de Laplace y otros muchos hombres que ejercian el poder; pero el abate cifraba toda su felicidad en llenar exactamente sus obligaciones de secretario, custodiar los fondos votados por el club, y á tener preparado todo lo necesario para los dias de grande etiqueta para que todos estuviesen satisfechos y complacidos. En estos lances desplegaba tanto celo é inteligencia como el famoso Vatel, que se immortalizó en otro tiempo desempeñando sus atribuciones de maestresala.

Goza pues nuestro abate de una bien merecida celebridad porque podia desplegar todo su ingenio en un campo vastísimo: empero faltábale una sola cosa para cubrirse de inmortal gloria, cosa que jamás se apartaba de su memoria: ya había obtenido honorífica mencion por el almuerzo de 130 cubiertos dirigido por él: ya la sociedad en plena sesion le había otorgado un voto de gracias, habían brillado sus inagotables recursos y numen en los conciertos y festines de boda, pero jamás se le había proporcionado disponer una funcion fúnebre; y esta idea le quitaba el sueño, le atormentaba sin cesar. Era demasiado bueno para desear la muerte á ninguno, pero rogaba al Señor le dejase vivir hasta despues que hubiese muerto algun individuo notable de la sociedad para realizar los magníficos funerales que bullian en su mente.

Una mañana publicaban todos los periódicos de la capital que el célebre astrónomo Lalande acababa de ser asesinado en Metz por una muger: «se asegura, añadían, que los celos han impelido á esta malhadada á cometer tan horrendo atentado: la patria y las ciencias experimentan una pérdida irreparable en Gerónimo Lalande, los buenos ciudadanos, etc.»

Cordier no pudo contener un grito de alegría; el eminente astrónomo era miembro de la Sociedad de las Nueve hermanas: no podia esta dejar de tributar aunque ausente, los últimos honores á su mérito y patriotismo... el abate se presenta inmediatamente á los individuos del comité, pide y obtiene carta blanca y permiso para elevar un magnífico catafalco: obtiene de Mr. de Laplace la promesa de que pronunciará una oracion fúnebre en honor del difunto: se tiran esquelas convidando á la sociedad á la funcion que ha de celebrarse á las nueve de la mañana del dia siguiente, y nuestro abate goza el mas feliz que ha pasado en toda su vida ocupándose en los preparativos para la funcion que soñaba hacia tanto tiempo.

Como en aquella época estaba abolido el culto católico y cerradas las iglesias, las pompas fúnebres tenían lugar únicamente en la casa del difunto ó en el cementerio.

Nuestro abate hizo erigir un elevado túmulo: mandó cerrar todas las ventanas, distribuyó antorchas sin cuento, todas las paredes se cuelgan de negro terciopelo, de modo que trasforma el salon en un verdadero *Capillandente*.

(1) En aquella época era muy comun ahorcar en el farol ó reverbero que estaba mas á mano, á los que el populacho calificaba de aristócratas ó conspiradores.

Sobre el paño mortuario sembrado de lágrimas de plata que cubría la tumba, se había colocado una corona de siemprevivas y encima esta inscripción:

A GERONIMO DE LALANDE,
INMORTAL COMO SABIO,
ASTRONOMO
Y CIUDADANO VIRTUOSO
LA SOCIEDAD DE LAS NUEVE HERMANAS.

Al rededor del catafalco había bancos simétricamente colocados, y en el centro un asiento elevado para el orador que había de pronunciar el elogio fúnebre del hombre que la patria acababa de perder. Pasó Cordier toda la noche en estos preparativos, y cuando le sorprendió la aurora no pudo menos de echar una mirada de complacencia al ver convertido aquel salón en un regio al par que lúgubre panteón.

Acababa de sonar la última campanada de las ocho, y el concurso estaba convidado para las nueve; el abate había contemplado por la última vez y con orgullo su importante tarea, cuando le avisan que un ciudadano, miembro de la sociedad, desea hablarle: va sin detenerse á la secretaria y á quien encuentra allí sentado pacíficamente delante de la chimenea? Nada menos que al mismísimo Gerónimo Lalonde en cuerpo y alma, y lo que es peor disfrutando la mas perfecta salud.

—¿Cómo es esto! exclamó Cordier maravillado, ¿pues qué, no habeis muerto?

—¡No, seguramente, contestó Lalonde, pero á lo que veo no es vuestra la culpa; si no llego á tiempo me enterrais esta mañana!

El abate se dejó caer sobre un sillón atónito y sofocado exhalando unos suspiros que quebrantaban las penas.

—Volved en vos, mi querido Cordier, no os afligais, añadió Lalonde, me envanezco al ver el dolor y sinceridad con que me llorais: esos generosos sentimientos nos honran á los dos.

—¡Ah! exclamaba el abate sin oír lo que le decía el astrónomo y pensando únicamente en su función desbaratada, que horrible contratiempo, ¡que desventura puede compararse con la mía! ¡Yo que aguardo hace tres años la ocasión de disponer un magnífico entierro! ¡Se presenta al fin, y cádate que el muerto sale de la tumba en el momento mismo en que iba á lucirse la mas acabada y perfecta de mis obras!

—¿Así es como os alegráis de verme con vida?

—¡Miserio de mí! preparativos magníficos, de efecto sorprendente, profusión de luces, inscripciones,.... todo lo había previsto para que la función fuese imponente, maravillosa,.... ¡jamás me consolaré! ¿que haré ahora?

—Avisad pronto, sin demora, cuando menos á los de la junta de que estoy vivo, y no quiero que me lloren por muerto.

Cordier se echó á los pies de Lalonde.

—Mi amado señor, le dijo, pasad por muerto siquiera hasta la noche, dejad que verifique la fúnebre ceremonia, os lo suplico de corazón: yo os ocultaré en parage donde donde podreis verla, oíreis vuestro elogio que pronunciará Mr. de Laplace, y conoceréis cuanto os aman vuestros colegas. Y ¿no es una satisfacción bien lisonjera poder juzgar estando vivo, el sentimiento y tristes recuerdos que dejará un día el que deje de existir?

—Yo me río de vuestras exequias y vuestras razones: estoy con vida, y no quiero que me entierren por solo daros gusto: mañana sería yo el hazme reír y la fábula de todo París.

—¡Todo al contrario, señor, cuanto mas tiempo os tengan por muerto, tanta mayor será la alegría al ver que estais vivo.... esos malditos periódicos han mentido con tanta desfachatez!....

Mr. Lalonde contó al abate que su querida le había herido ligeramente con un puñal en la espalda: en prueba de lo cual se quitó la casaca y le enseñó la cicatriz.

—¡Maldita criatura! exclamó este luego que la vió. No podremos nosotros asegurar si la maldecia el abate por el crimen ó por haber errado el golpe.

Alargaba Cordier la conversacion cuanto podia con el objeto de ganar tiempo: sonaron las nueve, y el ruido de los carruages que rodaban por el patio le hizo conocer que iban llegando los convidados.

—Vamos, mi amigo señor Lalonde, le dijo con acento almirado y suplicante, ved ahí á vuestros colegas que comienzan á entrar en el salón; sed un poco complaciente, permaneced aquí siquiera hasta medio día.

—De ninguna manera, no me habéis de eso.

—¡Sois inflexible!

—Absolutamente inflexible.

—Muy bien, lo siento mucho, pero es preciso que mi función se realice.

Diciendo esto Cordier de un brinco se lanza fuera del aposento, cierra la puerta de golpe, echa la llave en el bolsillo, y dando á sus facciones un aire compungido se presenta en el salón en donde se hallaban ya todos los individuos de la sociedad, guardando un profundo silencio. El presidente abrió la sesión y en seguida el orador subió á la tribuna llevando en la mano el discurso en elogio del difunto, que principió á leer en estos términos:

Señores: penetrado mi corazón del mas profundo dolor y amargo sentimiento voy á hablaros de un

miembro ilustre de esta sociedad que el cielo acaba de arrebatarnos. Gerónimo Lalonde era recomendable no solo por sus extraordinarios talentos: era ademas el mas acabado modelo de virtudes cívicas, el enemigo de los tiranos, y uno de los mas celosos y ardientes defensores de la patria: el hierro de un vil asesino acaba de separarlo para siempre de sus amigos, de su familia, de sus tareas....

En este momento la puerta se abrió con estrépito y Lalonde se presenta.

—¡Ah! caramba, esto ya es demasiado, gritó sonriendo, si quereis absolutamente que esté muerto, matadme siquiera antes de sepultarme.

Escusado es decir si continuó la función: todos los convidados se agrupan, lo rodean; él les cuenta su aventura y la burla que le ha jugado Cordier, como había abierto una ventana y pedido auxilio á las gentes de la casa, que habían forzado la cerradura de la puerta.

Estrepitosas carcajadas resonaron en el enlutado salón y todo terminó alegremente, excepto para nuestro abate que estuvo triste mas de quince días sin cesar de repetir:

—Está escrito en lo alto que jamás podré lograr se celebren funerales dirigidos por mí.

VII.

Sin necesidad de confrontar fechas, y solo con lo que llevamos escrito de esta grave historia inferirá fácilmente el curioso lector que nuestro abate pasaba de los cuarenta. No es tan corta la vida del hombre que no le de tiempo para ver desaparecer muchas cosas que se creen estables y duraderas, y así lo experimentó Cordier. El memorable 18 brumario acabó en menos de un minuto con la Sociedad de las Nueve hermanas que le daba pan y aun le proporcionaba ocasiones para desplegar las bellas disposiciones y facultades con que lo había dotado la naturaleza.

Hecho juguete y perseguido siempre por su fatal estrella, ignoramos los reveses y adversidades que sufriría en su madura edad; mas puesto que volvemos á encontrarlo ya hecho viejo, puede citarse como ejemplo de esta sentencia: «El hombre animoso que hace frente al infortunio nunca muere de hambre.»

En medio de la baraunda, glorias y victorias del imperio llegó nuestro Cordier á contar sus sesenta inviernos: y véase lo injusta que es la suerte: se halló atacado por la gota, siendo la sobriedad personificada, precisamente en aquella edad que mas necesaria le era la salud. En absoluto aislamiento y soledad pasaba tristemente los días encerrado en un miserable tabuco, asistido únicamente por una vieja portera regañona y poco complaciente, y sin embargo aquel corazón bueno y puro no se atrevía á reconvenir ni dirigir al cielo una queja siquiera. La mayor parte de sus amigos habían muerto, otros lo habían olvidado enteramente. Mr. Berton había dejado la empresa del teatro: Moreau se había establecido en Rusia, y Mr. Yase estaba de asiento en Niza. Mdle. Doligny había desaparecido cual brillante meteoro: atacada al pulmón al concluir de desempeñar su papel en una tragedia, los médicos la habían aconsejado los baños y variar de aires: con sus ahorros y economías se había establecido en una provincia, y como su nombre no figuraba ya en el catálogo de los periodistas, y otras bellezas vinieron á ocupar su lugar se olvidaron de hacer sus elogios, y el público no la echó de menos. Le sucedió lo mismo que á Cordier y á otros muchos, es decir que se hizo viejo. ¡Cuánto trabajo nos cuesta presentar á nuestro héroe en un estado tan miserable, y sin embargo es preciso; pero al menos será un cuadro delante del que nos detendremos un solo momento.

Que se figure el benévolo lector una especie de desvan en la calle de Luxemburgo: negras y desnudas las paredes, una puerta vidriera que dá paso á un estrecho y oscuro corredor; un catre de tigera, una silla de paja, una mesa coja y una vieja maleta, y tendrán una idea de la opulencia del que ocupaba aquel sitio: el misero Cordier sentado en la silla, estendida la pierna sobre la maleta, y apoyada la barba en el pecho, contempla tristemente á un gato viejo como él que duerme sobre sus rodillas: no se atreve á hacer el menor movimiento porque teme despertar al pobre animal, no tiene ni un bocado de pan, y su mismo estómago le dice bastante que su viejo amigo necesita alimento. Van-Ostade hubiera trasladado al lienzo esta escena que os hubiera contrastado y hecho reír á un mismo tiempo.

En aquella posición traía Cordier á su memoria los hermosos días de su juventud, aquellos felices días en que tenía siempre cubierto dispuesto en muchas mesas, un cuarto en casa del arquitecto del rey en donde como por encanto aparecían ricas camisas; en donde el ayuda de cámara le servía el aromático chocolate y cambiaba su casaca rota por el codo con otra nueva sin aguardar á que el tiempo causase mayor avería. ¡ay! ahora su vestido estaba destrozado y sus almuerzos eran una quimera.

El abate suspiraba amargamente acordándose de sus amores y tiernas miradas de su Diana; mientras se atormentaba con estos recuerdos despedazadores pasaba la mano por el lomo de su querido gato, último testigo de sus pasadas felicidades. El animal estira sus miembros, se dirige pausadamente á la cazuela donde suele encontrar su ordinaria refracción, pero está vacía; se vuelve á su amo y lo mira con ademán las-

timero. El abate siente despedazarse el corazón, hubiera dado el resto de su triste vida por un poco de cordilla. Pero nuestro Cordier no se dejó abatir en los momentos aun mas desesperados; su fecundo ingenio inventa un ardid para engañar el hambre de su compañero de infortunio: arrastra hacia sí la mesa, toma una hoja de papel blanco, finge que come, y cuando vió que el gato observaba todos sus ademanes con el mayor interés, le alargó una bolita de papel maseado bastante parecida á miga de pan: eran tan raros los comestibles en aquella casa que el gato la comió sin desconfianza: ademas ¿cómo podía sospechar que tratase de engañarlo su mejor amigo? el abate redobla la dosis y proporciona de este modo un alimento facticio que al menos le asegura un día de respiro, no ciertamente para correr en pos de la fortuna, puesto que no podía hacer uso de sus piernas, sino para aguardar que se dignase ella venir á buscarlo.

¡Oh Diana mía! exclamó; cuando era yo vuestro Endimion, y cuando bordabais con vuestras divinas manos mi rico vestido de seda, ¡quién hubiera pensado que llegaría un día en que alimentase vuestro gato con bolitas de papel!

Una lágrima corrió por las enjutas y pálidas mejillas del buen abate, elevó sus ojos al poco cielo que se brujuleaba al través de los rotos vidrios de una estrecha ventanilla, hizo presente al Altísimo con la mayor humildad su lamentable situación y que necesitaba un pronto socorro. No bien había terminado su ferviente súplica, cuando se abre la puerta de la estancia, y se le presenta el dueño de la casa.

No venía á pedirle dinero, por que bien sabía que el abate no lo tenía; venía á decir al abate que le proporcionaria entrada en el hospital de los Incurables, en donde tendria todos los auxilios que exigian sus dolencias. Cordier no era preocupado ni estaba en estado de andarse con melindres: la oferta le convenia; así pues, sin mas dilación á la mañana siguiente metido en un fiacre con su gato fué á morar á los Incurables.

No sabemos á punto fijo cuanto tiempo estuvo en aquel hospital, mas si que cierto día se le presentó un notario.

—Señor, dijo este ¿sois vos el abate Cordier?

—El mismo, caballero.

—¿No habeis conocido en otro tiempo á Mdle Doligny, actriz del Teatro Francés?

—¿Qué si la he conocido decís! este gato que está echado á mis pies muriéndose de viejo, ¿quién me lo dió sino ella?

—En efecto, sois vos el mismo que ando buscando hace tres meses: sabed, pues, que dicha Mdle Doligny os deja en su testamento 1,500 libras de renta.

—¿A mí? ¡Gran Dios! ¿y á título de que?

—No os hagais el disimulado, señor abate, es inútil, porque la misma dice formalmente que os deja esta manda por haber sido vos el amante que mas amó y dejó mas dulces recuerdos, y tambien para que la perdonéis por los disgustos que os causó con sus infidelidades.

—Es cierto que jamás he podido consolarme enteramente, pero tambien lo es que la he perdonado hace mucho tiempo.

—La difunta os lega ademas su reloj guarnecido de brillantes, sus sortijas y una media luna de pedrería y oro....

—Ya entiendo lo que esto significa, dijo el abate enternecido; esa alhaja se la puso una sola vez cuando se representó el Endimion para su beneficio.

—Por de pronto aquí teneis 373 libras por el trimestre de vuestra renta que ha vencido; para lo demás nos pondremos de acuerdo.

Ocho días despues nuestro feliz Cordier ocupaba un bonito aposento adornado con espejos, y decentemente amueblado en el cuartel de Luxemburgo: llegó á edad muy avanzada, adquirió algunos nuevos amigos, compró muchos libros; porque su vista se conservó buena y amaba la lectura. Murió como buen cristiano, dejó sus escasos bienes á un pobre diablo tambien celibato, y tan necesitado como se había visto él, rogándole que cuando muriese dispusiera de ellos de la misma manera que lo hacia él.

La cláusula siguiente que es por donde principia su testamento prueba que apreciaba la felicidad que disfrutaba y que sus últimos días fueron tranquilos y serenos: «Deseo, decía, á todos los que han visto la miseria tan de cerca como yo, que puedan morir en un buen lecho colgado con cortinas azules, rodeado de hermosos muebles de caoba, aspirando un templado dulce ambiente, y con todas las comodidades que tan apreciables son á la vejez, etc.»

Fué enterrado sin pompa en Vaugirard, y su testamento cuidó que su sepulcro se conservase en buen estado hasta el día que fué destruido el cementerio.

Nosotros deseamos á nuestros amables lectores, no las cortinas azules, el blando lecho, y muebles de caoba del abate Cordier, pero si sus sencillas costumbres, su modestia y bello carácter que son los tesoros mas preciosos del mundo.



SEMANA RELIGIOSA.

La traslación del cuerpo de Santiago apostol.

30 DE DICIEMBRE.

Once años habían pasado después de la muerte del Salvador del mundo, cuando los cristianos contemplaron el martirio dado en Jerusalén a uno de los mas grandes apóstoles de Cristo. Abiathar, pontífice elegido aquel año; Herodes, el hijo de Aquelao; y los centuriones encargados de la guarnición romana de la ciudad, todos rivalizaban a porfía en su encono contra los cristianos, disponiéndose a regar con la sangre de los mártires aquella tierra donde habían comenzado a obrarse los misterios de la redención. Había sido degollado en la plaza de Jerusalén públicamente el año 44 de la era cristiana, uno de los apóstoles predilectos del Salvador del mundo, el apóstol Santiago, aquel á quien había tocado la gloriosa misión de traer el Evangelio á la península española.

Siete jóvenes de esta nación le habían acompañado á Jerusalén, y habían presenciado su glorioso martirio; habían recogido después con piadosa veneración su cadáver, y á costa de mil trabajos y peligros lo habían conducido hasta la playa del puerto de Jopé, donde lo habían puesto en una pequeña embarcación. Aquellos siete jóvenes eran los discípulos, que en su predicación por España, le habían ayudado á evangelizar esta nación; dueños del sagrado depósito del cuerpo de su maestro, impelida la barca por los vientos, conducida por la Providencia, atravesaron los mares, y pararon en la costa de Levante, donde la Galia Narbonense se juntaba á la España Citerior.

El Evangelio había aparecido en el mundo, cuando la moral pública del imperio romano había casi desaparecido; cuando era necesario regenerar el mundo debilitado por los vicios, y levantar á los hombres de la degradación en que se hallaban sumidos empero esta obra de regeneración debía durar muchos siglos. La España, para verla llevada á cabo, debía presenciar, primero la guerra de las ideas, después largas y sangrientas guerras con los infieles, en que era menester esfuerzos sobrenaturales; y la traslación del cuerpo del apóstol Santiago á España, fué uno de los grandes medios para esto de que se valió la providencia divina.

Cuando la nave que conducía el cuerpo del santo apóstol tocaba en las costas de España, esta gemía bajo el peso de la persecución que se hacía al nombre cristiano. Los discípulos del santo apóstol atravesaron el estrecho de Hércules, y aportaron en Galicia á la ciudad de Iria Flavia el 25 de julio, en cuyo término escondieron cuidadosamente el cuerpo de su santo maestro. Pocos meses después construyeron secretamente una capilla subterránea en Compostela, con piedras que toscamente labraron, y allí permaneció, hasta que en los tiempos de la persecución se perdió la memoria de esta cueva, y los árboles y arbustos del mas espeso monte vinieron á ocultar esta morada por espacio de mas de cinco siglos. Los árabes, que habían invadido la España, llevados del ímpetu de su carácter, y animados con la facilidad de sus primeras victorias, habían llegado hasta los montes de Asturias: empero allí Pelayo los rechaza, y dando principio á una nueva serie de reyes de Asturias y Leon, fué extendiendo por el Occidente el nombre cristiano, y conquistando palmo á palmo y á precio de su sangre los países de que se habían apoderado los invasores. Cuando reinaba don Alfonso el Casto en los reinos de Asturias y Leon, aquel rey pío y religioso, y guerrero á la vez, se difunde de pronto por toda la tierra de Galicia la nueva de que en uno de sus mas espesos y antiguos bosques, y de mas peligroso tránsito por su misma espesura, el cielo favorecía á los cristianos que por él pasaban á deshoras de la noche, iluminándoles una senda con infinito número de misteriosas y brillantes luces, y aun hoy se conserva la memoria de lo que se llama Camino de Santiago.

Este portentoso escita la atención del santo obispo de Iria; marcha al bosque, presencia él mismo el prodigio, y cavando en un monton de tierra que se levantaba algun tanto del nivel del suelo, hallan los trabajadores una especie de gruta construida con toscas piedras, y en medio de ella una sencilla tumba. Aquella tumba era la que seis siglos antes habían depositado allí los siete piadosos discípulos de Santiago; el bosque luminoso se había ido formando con el tiempo en el llano abandonado de Compostela, sobre el mismo punto donde había sido depositado el cuerpo del santo apóstol.

Alfonso el Casto hizo construir un templo suntuoso, consiguiendo que el pontífice hiciese trasladar la sede del obispo iriense á la ciudad de Compostela, que tomó el nombre de Santiago.

Ocho siglos habían transcurrido desde la llegada del santo cadáver á España, y Ramiro había sucedido á

Alfonso el Casto, cuando el poderoso ejército de Abderraman tenía en el mayor compromiso á las armas cristianas, cuyo esfuerzo y constancia quería probar Dios.

Grande y terrible fué el combate que se trabó en las cercanías de Logroño entre los pueblos de Clavijo y Albelda. El ejército de don Ramiro, reclutado de prisa y compuesto de gente allegadiza, era inferior en fuerza y destreza al de los árabes, veteranos y acostumbrados á vencer; empero el ejército del feroz caudillo se retiró desanimado al anoecer de la primera jornada, y acobardado por el daño presente y temeroso del que le esperaba se guareció en un monte vecino.

Ramiro, que había parecido entregado al mas profundo sueño durante aquella fatal noche, apenas amahece recorre presuroso el campo con grandes muestras de alegría, lleno de esperanza su semblante, y anuncia á sus soldados que una celeste vision le ha prometido la victoria. Ordena sus haces, da la señal del combate, y se lanza intrépido á la pelea; los españoles acometen con denuedo á los moros, y apellidando á grandes voces el nombre del apóstol Santiago, en el cual les había prometido el rey la victoria, derrotan y destrozan por todas partes á sus poderosos enemigos, casi vencedores el día anterior.

El ejército de Abderraman quedó consternado viendo en los aires un guerrero gallardo sobre un hermoso caballo blanco, con una centellante espada en la mano, esparciendo por todas partes en aquellas huestes enemigas la desolación y la muerte. ¡Santiago, Santiago! gritaron alborozados los cristianos. El santo apóstol llevaba en la siniestra mano una bandera blanca con una cruz roja en el centro, la que ondeaba al aire, mientras que con la mano derecha blandía una centelleante espada, la cual semejante al rayo hacia pedazos cual leves aristas las haces enemigas.



Santiago Apóstol.

Los historiadores de aquel tiempo refieren que en la jornada de Clavijo quedaron 60,000 moros tendidos en el campo de batalla; tal vez habrá exageración en este relato, empero la memoria de esta batalla, que algunos críticos ponen en duda, está consignada en el voto famoso de Santiago, que por espacio de muchos siglos se ha estado pagando en España, hasta que fué abolido por las cortes del reino en 1837.

Desde aquella época el grito de guerra de las tropas españolas fué siempre el nombre de su glorioso patrono. ¡Santiago, y á ellos! fueron las voces precursoras de tantas victorias como obtuvieron los españoles en la costosa lucha de siete siglos contra el Islamismo; ¡Santiago! repetían los ecos de las sierras cuando el islamismo recibió en la toma de Granada el golpe de muerte que libró al Occidente de su furia; ¡Santiago! resonaba en los mares de Lepanto, cuando don Juan de Austria abatía el poder de la media luna destruyendo la escuadra otomana; Santiago fué el nombre que tomó una de las órdenes militares y religiosas mas antiguas de España y mas distinguidas, y cuyo emblema brilla hoy como recuerdo de tantas glorias en los pechos de los mas nobles españoles.

El apóstol Santiago ha sido declarado patrono de las Españas.

La iglesia celebra su festividad el 26 de julio, aniversario de su martirio, empero ha querido también

consagrar con una festividad especial la traslación de su santo cuerpo á España el 30 de diciembre, porque aquí difundió la palabra del Evangelio, y aquí su cuerpo ha sido mirado con tanta veneración, que de toda Europa se hacían devotas peregrinaciones, á las que la misma iglesia ha dado tanta importancia como á las del sepulcro del Redentor, pues la dispensa del voto de estas peregrinaciones solo estaba reservada al sumo pontífice.

Hemos querido hacer mención de estas festividades religiosas y patrióticas á la vez, porque todo cuanto corresponde al apóstol Santiago interesa á las glorias de España; y por esto mismo damos una bellísima copia de un cuadro antiguo que representa la memorable batalla de Clavijo.

CONDE DE F.

Funciones religiosas

EN ESTAS PASCAS.

Grande animación se ha manifestado en el pueblo de Madrid en estos días de Pascua.

Los teatros la plaza de toros, toda clase de diversiones públicas han estado muy concurridas por un pueblo que buscaba á porfía medios de distracción y olvido de los disgustos que pesan sobre las familias en el transcurso del año; empero no han estado menos concurridos los templos del Señor, en donde la juventud estudiosa é inteligente que encierra la capital ha dado un grande y noble ejemplo, presentando el espectáculo admirable y consolador para el porvenir de llenar enteramente las iglesias, y rodear los púlpitos á fin de oír los oradores mas célebres de este gran pueblo. Seguramente que se está obrando en los ánimos una reacción religiosa; y así lo hemos consignado nosotros en diversos escritos; pero no podremos decir si la inmensa afluencia de gente que ha concurrido á las iglesias durante estas festividades sea toda ella una prueba de este feliz movimiento.

Es preciso no hacernos ilusiones; motivos muy diversos han atraído la concurrencia á los templos del Señor. Unos han ido guiados por la palabra viva y calorosa, por el espíritu firme, penetrante y luminoso que distingue á varios de los principales oradores de Madrid, y se han quedado estasiados al oír las elocuentes oraciones de don José Joaquín Cafranga, de Cascallana, de García, de Arenas, y de otros muchos no menos ilustrados; otros han ido á rodear los púlpitos por gozar la felicidad de ver su fé noble y sólidamente defendida; y otros por fin han entrado y entran en la iglesia como arrastrados por un deseo sincero y ardiente de conocer la verdad. Empero ¿cuáles son en mas grande número? Solo Dios lo sabe.

Sin prejuzgar nada acerca de esa grande concurrencia que han tenido los templos, podemos con todo asegurar que es una alta y elocuente manifestación contra las manifestaciones furibundas de los que, estacionados en máximas antiguas, han bebido las impías semillas del siglo XVIII.

Las doctrinas que proclama la religion, y muy especialmente en estos días consagrados á celebrar la festividad del nacimiento del Redentor, son eternas, inmutables, y nada pueden contra ellas la filosofía y el sofisma; todos los hombres tienen necesidad de estas doctrinas, y sin ellas no hay condicion de existencia; forman las delicias de los corazones que no se han corrompido aun, y son su soberano bien; á ellas acuden finalmente las que tienen sed de verdad, rompiendo las crueles pasiones que los retenían.

Cuando un profesor distinguido enseña la verdad de la historia, es seguido con interés; cuando un orador cristiano retrata las maravillas de la creencia católica es escuchado con entusiasmo, y la multitud, ávida de la palabra evangélica que anuncia, rodea presurosa el púlpito de donde salen estos elocuentes acentos.

Si esto sucede en Madrid, como sucede en toda España, y esto debe suceder, porque el hombre no está hecho para las tinieblas sino para la luz; no para el error sino para la verdad; no para el vicio sino para la virtud. La verdad... la virtud... palabras que suenan siempre agradablemente en el corazón del hombre mientras le es posible oirlas.

Desearíamos nosotros poder presentar á nuestros lectores un analisis de los sermones mas notables predicados en estas festividades por los Cafrangas, los Cascallanas, los Montes, los Arenas, y tantos otros oradores cristianos que han anunciado las verdades de que la iglesia católica es solo la depositaria, y que guarda siempre intactas; si pudiéramos hacer ese analisis nos conduciría á estudiar y profundizar las verdades de tan inmenso resultado, pero temiéndonos que encerrar en los estrechos límites de la seccion religiosa de la Semana, solo podemos decir que la Natividad del Señor en este año, ha sido celebrada solemne y religiosamente en todos los templos, donde ha reinado el mayor recogimiento y compostura, así como ha sido celebrada por todas las clases del pueblo con la mayor alegría en medio de la paz que felizmente disfruta la nación.

EL CONDE DE F.

Efemérides religiosas.

Día 31 de 1588. En este día murió en Lisboa el venerable P. fray Luis de Granada, del orden de predicadores, insigne en literatura sagrada y muy virtuoso religioso.

Día 1 de enero de 1818. Los griegos cismáticos que había en Jerusalén, despojaron en tal día como hoy, á los católicos del Santo Sepulcro.

Id. Día 2 del año 40 de Cristo. Fué la milagrosa aparición de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza, según la tradición antiquísima de España, y de muchos testimonios y documentos de autores clásicos. Cuyo suceso acaeció por la noche del mismo día al apóstol Santiago, estando orando con algunos de sus discípulos á las riberas del Ebro.

Id. de 1492. En igual día y año entraron en la ciudad de Granada los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, los que recibieron las llaves del rey moro Alboadeli que las poseía. De cuyas resultas cinco mil cristianos que estaban cautivos recobraron la libertad, y dieron gracias en la mezquita principal, que se consagró é hizo iglesia católica, siendo su primer arzobispo Fray Fernando de Talavera, religioso que era gerónimo y confesor de S. M. C.

Id. de 1614. En tal día como hoy murió en Londres presa por católica, la venerable doña Luisa de Carvajal y Mendoza: nació en el obispado de Plasencia, y Felipe III hizo traer su cadáver y colocarle en el convento que ella fundó, siendo el de la Encarnación de esta corte.

Día 3 de 719. En este día padecieron martirio por la religión de Jesucristo, delante de la iglesia mayor de Gante, la reina que fué de España llamada Eguilona, esposa de don Rodrigo, que en compañía de su capellan fué degollada.

Id. de 1574. En igual día tomaron posesión de la ermita de Nuestra Señora de los Remedios, estramuros de la ciudad de Sevilla, los PP. carmelitas descalzos que fueron del convento de Pastrana, de orden del arzobispo Sandoval. Los navegantes que pasan por la ría hacen siempre salva al entrar y salir; encomendándose á la santa imagen, que es muy hermosa y de gran devoción.

Día 4 de 1392. En este mismo día y año fué hallada la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Nieva, en presencia del obispo de Segovia, y de la reina de España doña Catalina, la que mandó hacer la capilla que despues fué convento de dominicos, ordenando al mismo tiempo se poblase y llamase aquella villa Santa María de Nieva. Esta santa imagen se le apareció al pastor Pedro de Buenaventura, vecino del mismo lugar.

Id. de 1657. En tiempo de la creación del mundo, descubrió Noé desde la ventana del arca las cimas ó cumbres de algunos montes y se regocijaron los que navegaban en ella, por conocer se disminuían las aguas del diluvio; por cuya razón dedicaban los gentiles á Noé este mes de enero, y refería que en él habían triunfado de las aguas, y así le veneraban con el nombre de Jano, pintándole con dos caras; una triste mirando las aguas del diluvio, y otra alegre viendo la tierra. También se dice que en este mismo día elogiaban los romanos á sus magistrados, renovando los laureles y dando á los pobres colaciones y limosnas, según se refiere en las memorias sagradas de Osuna y en la crónica de Andricoxmo.

Día 5 de 1431. En este día nació en Játiva del reino de Valencia, Alejandro VI, hijo de la ilustre familia de los Borjas. En 11 de agosto fué nombrado papa y en el año de 1503, á 18 del mismo mes, murió santamente.

Id. de 1603. Se fundó el convento de religiosas franciscas del Corral de Almaguer, por sor María de San Pablo, que vino en el mismo año á esta corte y pasó al del Caballero de Gracia.

Id. de 1627. Se estableció en igual día el convento de religiosas de Jaén, por el cardenal don Baltasar Moscoso, arzobispo que era entonces de Toledo.

Día 6 de 731. Fué en este día el triunfo de Julio César en Roma, por las tres victorias conseguidas en Oriente, cuando mandó cerrar el templo de Jano, en memoria de tan señalados triunfos. Se dice que en 32 batallas que dió, mató á mas de 1.000.000 de enemigos.

Id. de 882. En igual día padecieron martirio 900 monges benitos, en su monasterio de San Vicente, junto á las fuentes del río Vulturno, en Italia, por el sedar, general del ejército sarraceno.

Id. Los santos reyes Melchor, Gaspar y Baltasar, padecieron martirio el año 70 en Salamina, y sus cabezas se veneran en la catedral de Colonia.

Id. de 1784. En tal día como hoy, en el monasterio de San Basilio de esta corte (que fué anteriormente de monges benitos); se celebró solemne misa abacial, y despues se bendijo agua, y con ella la iglesia; imitando las mismas ceremonias que hacen los monges basilianos en la Grecia, en representación del bautismo de Jesucristo en el Jordán.

ESCENAS ITALIANAS.

1537—1819.

Los bandidos de los estados romanos.

En 27 de abril de 1537 Desiderio Guidone de Ascoli, consiliario del papa Paulo IV, fulminaba un decreto poniendo fuera de la ley á la ciudad de Monte-Fontino redactado en estos términos: «Es sabido que de tiempo inmemorial los habitantes de Monte-Fontino observan una vida desarreglada y criminal, cometiendo toda clase de robos y asesinatos, por cuyos crímenes se han hecho acreedores á un ejemplar castigo que deje memoria á los venideros siglos, y para que este sirva á todos de escarmiento, nuestro señor Paulo IV, papa por la gracia de Dios, deseoso de asegurar la paz á sus estados, sometiendo sus provincias á la autoridad de la Santa Sede, y sobre todo, queriendo que la citada ciudad de Monte-Fontino no sea una guarida de salteadores y asesinos, ha declarado y mandado que sea arrasada y demolida hasta los cimientos; que su territorio, así como también las propiedades particulares, sean devueltas á la cámara apostólica y todos sus habitantes desterrados para siempre.»

Con arreglo á este decreto la ciudad de Monte-Fontino fué demolida. Pietro Zelareto de Valmontone surcó repetidas veces y en todos sentidos con un arado tirado por bueyes y guiados por el mismo el sitio que había ocupado la ciudad, en tanto que Manico Franaschi iba sembrando sal por los surcos.

En 1819 el cardenal Hercole Gonsalvi promulgaba un decreto concebido poco mas ó menos en los mismos términos: «Convencida Su Santidad que hace muchos años, y aun siglos, de que los bandidos que infestan las provincias de la Santa Sede son hijos de Sonnino, y que últimamente han instigado á los salteadores del reino de Nápoles á que hagan una invasión en los estados de la iglesia; que las gaviillas de Lenola y Jondi son capitaneadas por un foragido natural de la enunciada ciudad, sabiendo en fin, que los malhechores se refugian en Sonnino, que sacan de allí víveres y cuanto necesitan, y se reúnen para deliberar y fraguar sus atentados; conociendo por la experiencia de lo pasado y del presente, que en tanto que exista semejante madriguera será imposible poner término á sus rapiñas, etc., Su Santidad ordena y manda: que los moradores de Sonnino sean deportados á otros puntos; que la ciudad sea demolida y su territorio se reparta entre las ciudades mas inmediatas que no hayan favorecido á los bandidos, dando permiso á los propietarios desterrados que no les es permitido fijar su residencia cerca de sus posesiones, para que puedan cederlas á la cámara apostólica, que les pagará perpetuamente una renta anual según valoración hecha por jueces competentes.»

Toda la historia del bandolerismo desde 1537 hasta 1819, es decir, en un espacio de cerca de tres siglos, está comprendida en estos dos decretos, y los sucesos han continuado casi sin interrupción en las montañas que se estienden desde Aquila á Terracina, entre el Tiber y el Caragliano. La civilización no ha ejercido su benéfica influencia en estas provincias cubiertas de espesos bosques, cortadas por valles profundos y que de tiempo inmemorial han servido de asilo á los malhechores, allí es donde se hicieron fuertes Espartaco y sus esclavos: en sus asperezas fué donde sentó su cuartel general Marco Sciarra y sus hordas, que pusieron mas de una vez en peligro á la misma Roma. Las costumbres de aquellos montañeses son en el día, con corta diferencia, las mismas que eran hace tres siglos; los mismos crímenes y los mismos castigos. Empero ¿hay en el mundo cosa mas extraña que ver al pontífice, al jefe de la religión cristiana en la necesidad de mandar demoler ciudades de sus estados para castigar á sus habitantes? Tanto el delito como la pena son propios de los tiempos bárbaros.

A *l'illustrissimo signore Mar-Antonio ai bagni di Civita-Vechia*. Tal dirección ponía en las cartas Maria Grazia, hija, hermana y muger de salteadores. Marco Antonio, su esposo, presidiario en el de Civita-Vechia. Marco Antonio el temido bandido no era *illustrissimo*, solo para Maria Grazia, su muger, éralo también para sus amigos, sus allegados y de prójimo en prójimo para todos los habitantes. Esta especie de popularidad y título honorífico unido al conocido de ladrón, contribuye á perpetuar en Italia su pasión al robo, tal vez mas que las ganancias del oficio: otras causas influyen igualmente á que se eternice este azote: indicaremos las principales, á saber: el poco horror del pueblo al asesinato, la mala interpretación que se da á algunas doctrinas religiosas, y en fin, la falta de castigo razonable y eficaz de parte del gobierno.

El poco horror y aun indiferencia con que vé el pueblo el asesinato es un vicio original y también adquirido: proviene desde luego de ese violento hervor de la sangre que les impele á satisfacer sus pasiones, mas bien que á valerse de su energía para reprimirlas, prefieren matar á un hombre, á sofocar un arrebato de cólera; tiene también este vicio su origen del errado concepto del pueblo, que según su modo de pensar, el muerto es siempre el culpable: ¿por qué me ha insultado? ¿por qué me ha injuriado? antes de hacerlo ya sabía á lo que se esponía, y debía haberse reportado. El matador, por la inversa, es considerado siempre como hombre de corazón y valiente, ó cuando menos digno de compasión, que va á ser perseguido por la

justicia. ¡Poverino! ¿ha auzato un vomo? es el lenguaje de los transtiverinos en estos lances: esta aprobación que se da al asesinato, y la piedad que se concede al asesino dimanar también de cierto punto de honor mal entendido.

Llevando hasta el extremo y exagerando las leyes del punto de honor, sustiuyendo al duelo cierta guerra de individuo á individuo, de familia á familia, que no debe terminar, sino con el exterminio de uno de los dos partidos, y que mientras exista un solo contrario les es permitido valerse tanto del puñal como del veneno, los españoles les hicieron ver el asesinato como una cosa la mas natural. Este abuso que en un principio estuvo en práctica entre los nobles y personas de categoría, se hizo extensivo á las demas clases de la sociedad: el fogoso temperamento italiano incitaba á la plebe, que no tardó en imitar á los grandes señores, y asesinó como ellos: la civilización y el tiempo han morigerado y dulcificado las costumbres de aquellos; pero el pueblo siempre conserva sus feroces instintos.

Se ha dicho que el asesinato es el duelo del populacho, y la expresión no es del todo exacta. El hombre que en un altercado mata á su contrario, casi siempre es por alguna palabra acalorada ó acción insultante, el ofendido hierre antes que su adversario tenga tiempo para defenderse, sin correr aquel ningún riesgo; hay sorpresa, traición, el partido no es igual por consiguiente, para ser asesino se necesita mucho valor individual. Mas sea de esto lo que quiera, en Italia el pueblo dispensa su protección al matador: un primer homicidio lo hace interesante, si comete dos es un valiente, y el tercero hace de él un héroe. Las mugeres, que siempre aman el valor, ensalzan hasta las nubes al asesino y están prontas á besar sus manos enrojecidas con la sangre.

Bacon ha dicho: «la venganza es una especie de justicia salvaje.» La venganza que sigue á la primera muerte, origina casi irremisiblemente otras ciento, porque los parientes del muerto llevan fijo en el corazón el deseo de vengarse y de cumplir con lo que llaman ellos un acto de justicia, matando al que ha muerto á uno de los suyos: los tribunales, dicen, procedan con lentitud; el delito se olvida; la justicia del puñal es mas breve y espedita. Y todavía siguen esta opinión.

Aun no ha cien años que se contaban en Roma de cinco á seis asesinatos por día: en el que seguía á las grandes festividades entraban en el hospital de *Consolazione* hasta 130 personas heridas; lo que supone 20 muertos por lo menos: en los primeros días de la ocupación de Roma, por los franceses, cuando la invasión la primera vez, los asesinatos eran todavía mas frecuentes: los romanos tenían doble placer en asesinar á un enemigo, á un extranjero: habiendo desaparecido 120 franceses en un solo día, el general Miollis tomó tan severas y acertadas medidas, que en los 18 meses que permanecieron, es decir, desde febrero de 1798 hasta julio de 99, no hubo diez muertes. Bajo la dominación francesa hasta 1814, los asesinatos fueron muy raros. Mas despues de la restauración del gobierno pontificio principiaron á ejecutarse con mas furor que nunca. Hace 23 años que aun se contaba una muerte por día; gracias á la vigilancia de la policía, tal vez hoy al presente menos asesinatos, aunque la propensión de los habitantes siempre es la misma, y esto consiste en que los tribunales no despliegan todo su poder y energía sino cuando la muerte recae en sugeto distinguido, ó con los que asesinan en camino real: de las puñaladas y muertes entre plebeyos no se hace caso.

De entre esta falange de asesinos, ya por cólera y venganza, ya por temperamento ó falso punto de honor han salido los salteadores y bandoleros: obligados á ocultarse y llevar una vida errante, no hacían escrupulo en apropiarse lo ageno: el gobierno los ponía fuera de la ley y escluidos de la sociedad, y ellos por su parte declaraban guerra abierta al gobierno. Se honra mucho á estos malhechores presentándolos como un poder permanente haciendo la oposición á la autoridad y las leyes. En un principio, á consecuencia de las prolongadas guerras entre las repúblicas italianas, y desde que se estableció el despotismo, algunos gefes poderosos sacudieron el yugo, prefiriendo la independencia y vida llena de azares del bandido á la pacífica sumisión y esclavitud. La debilidad del gobierno y la topografía del país favorecía maravillosamente sus proyectos: en el centro del Apenino encontraban fortalezas inespugnables por naturaleza: las mismas localidades en nuestros días han dado asilo á nuevas y numerosas gaviillas: empero los Mastrilli, los Fra-Diablo, los D' Cesari, los Barbone, los Dieci-Nove y los Gasparone, no deben de ninguna manera compararse con los célebres capitanes de otros tiempos: tampoco los elementos de sus hordas son los mismos: el heroísmo y generosos sentimientos no están en armonía, son extraños á la resolución que han tomado, les impele á empuñar las armas contra la sociedad: estas bandas en el día se componen de asesinos fugitivos de presidiarios ó de miserables holgazanes, esclavos de su pereza y desarregladas pasiones; en una palabra, de la escoria de las provincias, contándose también algunos pastores, que la soledad y vida agreste han hecho feroces y depravado su corazón.

El comportamiento y acciones de tan ilustres personajes son en un todo dignas de ellos mismos. No puede negarse que algunos gefes en mas de una ocasión se han mostrado valientes y arrojados, pero sus soldados no imitan á su capitán; dan pruebas mas bien de sagacidad y constancia que de valor é intré-

pidez, bloquean pequeñas aldeas sin atreverse á entrarlas á viva fuerza, contemporizan con su miedo, y no acometen sino á débiles mugeres ó á personas aisladas y sin defensa. Treinta uniformes de carabineros han sido siempre suficientes, cuando no para destruir completamente, al menos para hacer huir á las numerosas cuadrillas.

La tolerancia con que mira el pueblo italiano al asesino parece se comunica al gobierno; este perdona con la misma facilidad que mata aquel. Si el agresor logra hacer la paz con la familia de su víctima, y si paga algunos ducados de multa á la policía, puede presentarse á cara descubierta, sin temor de ser arrestado, y no tarda en conseguir el perdón: es consecuencia inmediata de lo que se observa bajo el gobierno romano acerca de la doctrina de la absolución. ¿Debe el hombre castigar lo que Dios ha perdonado? Así es que un asesino jamás deja de confesarse. El sacerdote le dice que ha cometido un crimen horrendo, él no lo niega, y como se muestra arrepentido, el confesor no puede negarle la absolución. Un asesino absuelto en el tribunal de la penitencia se presenta á la vista del pueblo en clase de amnistiado, la justicia no lo persigue, porque en su concepto sería obrar implacable y tiránicamente.

La exageración y errónea interpretación de algunos puntos del dogma pueden ser igualmente consideradas también como una de las causas que contribuyen á que se perpetúe el crimen; aun diré mas, son un poderoso estímulo. El catolicismo, mal comprendido por el pueblo, ha pervertido la moral, no teme hacerse criminal confiando en el divino perdón, fácil de conseguir. El italiano solo vé una cosa en la confesión, que es la absolución que sigue al reconocimiento de la culpa y el perdón que va unido al arrepentimiento: está persuadido que un solo acto de contrición es suficiente para obtener el perdón de los mas horrendos crímenes; estando cierto de conseguirlo ha sido criminal, y comete el delito sin remordimiento, lisonjándose de que luego se arrepentirá de haberlo cometido.

Estas creencias religiosas han dado resultados hartos extraños: así es que el suplicio de los malhechores establecido para precaver el crimen, ha sido por el contrario un estímulo para cometerlo: en Italia un delincuente muere siempre contrito y arrepentido; antes de subir al cadalso confiesa públicamente, comulga, y antes de presentar su cabeza al verdugo besa devotamente la cruz. «Este hombre fué muy culpable, pero ha muerto como un santo!» exclama el sacerdote en el mismo instante que el verdugo acaba de cumplir con su oficio. He aquí transformado de repente el asesino en glorioso mártir! Se desean y disputan como preciosas reliquias las hilachas de su vestido: las gentes verdaderamente devotas envidian su suerte, y hay ejemplar de que muchos miserables fanáticos han cometido un asesinato únicamente con el fin de asegurar su salvación por este medio. Si todos no llevan tan adelante este fervor, una gran parte, cuando menos, cometen el atentado con mas confianza, prometiéndose morir cristianamente. Una vez criminal, no se descuidan de burlar la vigilancia de la justicia humana, confían en la divina, y esperan llegar á ocasión de ser mártires.

A causas muy análogas puede atribuirse esta mezcla de superstición y ferocidad propias de los bandidos. «Es cierto, dicen ellos, que temprano ó tarde moriremos en la horca, mas para cuando se acerque el peligro tenemos este para defendernos, y empuñan el trabuco, y esta para que nos asista y dulcifique tan doloroso trance;» y besan una imagen de la Virgen: además de esta llevan los salteadores sobre el pecho un escapulario, la santa cruz y los evangelios: para ellos el Crucificado es un signo de salvación y lo reverencian como patrono suyo porque perdonó á un ladrón. ¿Quiérese una prueba de esto? Oigamos la comparación que hacen entre ellos y el Salvador de los hombres: es una de esas tradiciones populares comunes á los ladrones de todos los países: «Jesús tuvo mucho que padecer en este mundo, y nosotros tambien sufrimos mucho: él andaba fugitivo, nosotros igualmente: él iba acompañado de sus discípulos, nosotros estamos rodeados de amigos compañeros: él caminaba con los pies desnudos, nosotros no estamos mejor calzados: él tenía solo un manto y una túnica, nosotros solo tenemos una manta y un mal vestido: él padeció hambre y sed, nosotros podemos decir otro tanto: él ayunó cuarenta dias en el desierto, y nosotros ayunamos casi todo el año: él fué tentado por el demonio, que lo llevó á la cima de una altísima montaña, el diablo nos tienta á cada paso y nos guía á las cumbres mas elevadas para espiar á los pasajeros: Jesucristo fué desechado y despreciado del mundo, el mundo nos aborrece y nos detesta: los judíos lo acechaban para prenderlo, tambien los esbirros nos acechan: Judas lo vendió, tambien habrá algun Judas entre nosotros que nos venda: á él lo prendieron, á nosotros lo prendarán: él fué presentado ante Annás y Caifás, y á nosotros nos llevarán á presencia del *banhigel* (jefe de los esbirros) y del juez: á él lo azotaron con varas, á nosotros nos molerán á palos: á él lo crucificaron entre dos ladrones, á nosotros nos colgarán entre igual compañía: él bajó á los infiernos, tambien nosotros bajaremos: él resucitó al tercer dia, quiera el cielo que en vez de permanecer allí por toda una eternidad atormentados por los diablos, podamos como él subir á encontrar al Padre y al Espíritu Santo.» ¿Y qué hacen para desarraigar estas preocupacio-

nes y dar otro giro á sus ideas? se han propuesto muchos medios, unos muy comunes, otros enérgicos, y heroicos: de aquellos el primero es la educación, que ya que no corrija á los ladrones consumados, evitará, cuando menos, que lleguen otros á serlo: desgraciadamente este remedio que no obra sino con tiempo, no es del gusto de los gobernantes ni de los gobernados: entre los heroicos se cuenta en primer lugar la pena de muerte en público ó secreta que se impone al homicidio premeditado: la que se impone á los salteadores y asesinos de oficio, que no se les permite se confiesen: este castigo se ha desechado como abominable y opuesto al dogma, pues no debe negarse la absolución al culpable arrepentido. El gobierno romano, aunque no se pica de muy filantrópico, aplica raramente, y aun contra su voluntad, la pena de muerte, y es necesario verse obligado por la pública opinion, que pocas veces difiere de la del pueblo, y este nunca vé ahorcar ó quebrantar los huesos (*macellare*) á un reo sin dejar de maldecir á los jueces y compadecer al paciente.

¡Cosa singular! el gobierno romano tan piadoso é indulgente con los asesinos, que trata de igual á igual con los bandidos, que envía al primer ministro para conferenciar diplomáticamente con ellos no escrupuliza en otras ocasiones decretar la demolición de las ciudades: esta medida es, sin embargo muy antipolítica: en vez de un solo foco muy fácil de observar se encienden ciento mas pequeños que abrasan al poco tiempo.

Otra inconsecuencia de dicho gobierno prohibe escrupulosamente las obras de Voltaire, Montesquieu y aun las de Mr. Chateaubriand, y deja vender públicamente á dos sueldos una multitud de folletos en que se refiere tanto en prosa como en verso, la vida y hechos de los mas célebres bandidos: los jóvenes montañeses no leen, devoran estas historietas, y toman á sus héroes por modelo. Y ¿quiénes son estos héroes? es un Giuseppe Mastrilli, que principia su carrera matando á su rival, se hace en seguida salteador, logra salvar á una princesa, consigue indultarse y muere muy tranquilo en su cama: es un Pietro Mancino que roba medio millón, se refugia en Dalmacia, vive como un príncipe, y muere lo mismo que Mastrilli en su lecho, asistido por un cura que envía su alma al cielo: *Resse l'anima á Dio col sacerdote*: es un Govertineo que mata 964 personas y seis niños; al tiempo de espirar solo le queda el sentimiento de no haber asesinado hasta mil como habia hecho voto: es la vida de un Oronzo Alvegna que degüella á su padre, á su madre, ahoga á sus dos hermanos, y corta la cabeza á su hermanita en su misma cuna: pero este al menos espía sus crímenes en el patíbulo. La vida de estos grandes hombres así como la de los Stephano Spadolini, de Bartolomeo, Angelo del Duca, Veneranda Porta, y Stephano Pantini está escrita en verso ó en correcto toscano: otros libretos de la misma estofa que andan con profusión en manos de todos refieren los prodigiosos hechos de salteadores mas modernos que han conocido y aun tratado alguno de los lectores, tales como los Maino, los Perella, los Rondino, los Francatipa, los Calabrese, los Barbone, los Fra-Diablo, los Meza-Pinta, etc., todos ellos malhechores célebres, cuya mayor parte han muerto ejemplarmente con el sacerdote y la cruz al lado.

Alimentados con semejante lectura los jóvenes montañeses están siempre de parte de los salteadores aun antes de hacerse ellos mismos: se comunican, les dan asilo, se entusiasman, oyendo de su propia boca la relación de sus hazañas; ¿y qué sucede? que á la primera ocasión juegan del puñal y huyen á la montaña en donde están seguros de encontrar amigos: como generalmente son mas ilustrados que la mayor parte de sus compañeros de rapiña, no es raro que lleguen á ser tenientes ó jefes de la cuadrilla.

A esta simpatía, efecto de la mala educación, se agrega la blandura y poca energía del gobierno, la torpeza é imbecilidad de sus agentes, de manera que todos conspiran para que el mal se perpetúe.

A los miserables malhechores tintos en sangre se les trataba de ovejas descarriadas que era necesario volver al aprisco: se conferenciaba, se negociaba por medio de embajadores con estos bandidos declarados fuera de la ley: se aceptaban sus armisticios: un cardenal ministro de estado les concedía salvoconductos; habia entrevistas, y se discutian las condiciones para la paz con un general de ejército.

En fin, aun se hacia mas: se indultaba hasta á los bandidos que todavía no se habian sometido: á los que habian depuesto las armas se les daba empleos lucrativos, y eran considerados como fieles súbditos estos malvados, que una justicia recta y severa hubiera condenado al último suplicio.

—No somos fortalezas que se demueñen á cañonazos pero plantamos nuestros reales sobre elevadas rocas como las aves de rapiña.

Contestaban los bandidos á los enviados del papa. Estos repetían palabra por palabra esta respuesta para disculparse de las ventajosas proposiciones que les habian hecho, añadiendo que para sujetar á aquellas gentes valia mas emplear la liga que los retenia, que no la pólvora que los ahuyentaba; pero ¿cuál era el resultado? Que aquellos criminales, que las mas de las veces se sometían solo cuando se veían perdidos, á la primera ocasión rompían el tratado, y faltando á lo estipulado volvían á aparecer mas temibles que nunca. Rienzi, Sisto V y los franceses para hacer desaparecer el bandolerismo tomaron medidas enérgicas y rigurosas, y Rienzi, Sisto V y los franceses lo consiguieron tempo-

ralmente. Por último, cuando en 1820 al 27 fueron destruidas las bandas mas imponentes y temibles de los estados romanos debe atribuirse á los tres ejemplares castigos que se hicieron, mas bien que al perdón que se concedía á los que se sometiesen.

No tratamos escribir la historia del bandolerismo: nos proponemos únicamente presentar algunos hechos, como otros tantos documentos justificativos de las anteriores consideraciones, que harán conocer al mismo tiempo la audacia y apatía del gobierno cuando ha tratado de combatirlos, y los diferentes afectos ó simpatías que inspiran á los habitantes de la montaña: estos hechos serán en cierta manera los últimos capítulos de su historia: alargarla mas el escándalo sería mayor y mas prolongado.

Desde 1816 á 1819 el bandolerismo habia tomado efectivamente un incremento considerable en los estados de la Santa Sede: numerosas cuadrillas recorrían los Apeninos en todas direcciones: el gobierno cansado de contemporizar y parlamentar determinó valerse del rigor. Principió haciendo un castigo ejemplar: decretó la demolición de la ciudad de Sonnino y que sus habitantes fuesen diseminados: arrojados de su país los bandidos se hicieron fuertes en las montañas de Core, y atravesando el Sacro se aproximaron á Frosinone y Alatri.

Eran los primeros dias del mes de agosto de 1819, cuando por todas las inmediaciones de Tivoli y Palestrina corrió la noticia de la aproximación de los bandidos: decíase que numerosas gavillas arrojadas de Sonnino, que acababa de arrasarse el cañon, se replegaban hacia el centro de las montañas de los estados romanos, haciendo prisioneros á todos aquellos de quienes esperaban sacar un buen rescate, imponiendo al mismo tiempo contribución á los pueblos de la montaña. Estos malhechores que se habian librado del castigo de Sonnino muchos de ellos habian pertenecido á la cuadrilla de De Cesaris, muerto el año anterior en las cercanías de Terracina; forzados á retirarse ante el pequeño ejército de 2,000 hombres que ocupaba los distritos del Mediodía, se habian dividido en pequeñas partidas, habiendo elegido antes para punto de reunión las inmediaciones de Subiasco y Tivoli. Su objeto, se decia, era apoderarse de los lugareños y aldeas de la montaña, y aun tal vez dar un atrevido golpe de mano á la misma Roma, luego que hubiesen reunido todas sus fuerzas; ellos no pensaban mas que en robos y en incendios, porque al fin si habian de morir, querían fuese con lucimiento y de una manera estrepitosa.

En 9 de agosto, dos jóvenes campesinos que llevaban la cadena á un agrimensor ocupado en medir tierras, se encontraban junto á un bosque á corta distancia del camino real de Guadagnola, cuando vieron venir hacia ellos algunos hombres armados. Asustados los jóvenes trataron de huir, mas aquellos les mandaron que no se moviesen, apuntándoles con sus trabucos; los pobres campesinos, muertos de miedo, se guardaron bien de hacer resistencia; los ladrones, á empellones, los internaron en la espesura, y habiendo llegado á un claro, vieron á otros diez ó doce echados sobre el césped; entonces uno de ellos, que al parecer era el jefe, les hizo sufrir un largo interrogatorio: «¿Quiénes eran ellos?—¿De dónde venían?—¿Había tropas en Tivoli y Poli?—¿Los habitantes de esta última aldea eran ricos?—¿Cuál era su método de vida?—¿A qué hora solían salir del pueblo? Fácil es comprender que su objeto era adquirir datos para poder apresarse á los sujetos ricos, y exigirles despues su rescate.

Nada pudieron responder los dos jóvenes, porque nada sabían; los ladrones se encolerizaron, los llamaron perros, infames, mandaron se tendiesen en tierra, y así estuvieron hasta medio dia. Aquejados del hambre hicieron presente su necesidad, y los malhechores los arrojaron *pagnottes* (panecillos) y queso, y al oscurecer dejaron que se volbiesen á Poli.

Luego que estos jóvenes entraron en el pueblo, contaron lo que les habia sucedido á todos los aldeanos que los rodeaban, y la alarma fué general; se hacían mil conjeturas sobre lo que intentarían hacer los bandidos, cuando se presentaron dos pastores que venían de las provincias del Mediodía, y refirieron que ellos los habian visto pasar con dirección á Capranica. ¿Era esta gavilla la misma que habia retenido á los jóvenes? aquellos lo ignoraban: los ladrones les habian quitado la provision que llevaban de pagnottes y queso, y además habian muerto dos carneros y se los habian comido, y en prueba de ello llevaban las pieles á sus amos. Con tan funestas noticias se aumentó mas y mas el sobresalto y temor de los pollesanos, que se veían rodeados por todas partes de gavillas armadas; algunos jóvenes que hacían parte de la milicia cívica, mas atrevidos que el resto del vecindario, hablaban de tomar las armas; pero no podían hacerlo sin la autorización del mariscal del distrito, comandante de la fuerza pública: fué pues necesario que el alcalde de Poli mandase un espedo dando parte del conflicto en que se hallaba el pueblo, y pidiendo permiso para armarse; mientras volvía la respuesta, los habitantes debían permanecer sin defensa, gracias á la recelosa imprevisión del gobierno, que temía mas á un carbonario que á cien ladrones; á estos les venia de perilla este temor.

(Se concluirá).

SEMANA MOSAICO.

Atila decia: cae la estrella, la tierra se estremece; yo soy el martillo del mundo; donde mi caballo pone los pies no nace la yerba.

A pesar de la tosca gravedad que se observa en las costumbres de los tiempos bárbaros, no dejan por eso de aparecer ciertos rasgos que podemos calificar de pueriles en vista de los personajes que en los mismos intervenían. Así vemos que Carlo-Magno insertaba en sus capitulares prescripciones relativas á las gallinas de su corral y á la venta de los huevos y de las legumbres. Vemos tambien que la sanguinaria Fredegunda decia á Chilperico, rey de los francos:

—He descubierto que se han robado muchos jamones en la despensa.

Por último, el obispo Fortunato enviaba á las religiosas, ciruelas silvestres cogidas por su mano, en una cestita de juncos que él mismo había trenzado.

El diácono Pablo Warnefrido, historiador contemporáneo de Carlo-Magno, aun cuando había escrito contra este héroe fué perdonado. Sin embargo, algunos consejeros, reprobando la generosidad del príncipe, escitaron á Carlo-Magno para que cortasen la mano al historiador; pero el príncipe respondió:

—¿Y dónde hallaremos despues una mano tan hábil para escribir la historia?

Cierta dia quiso reprender de una manera política el excesivo lujo de sus oficiales, los cuales habían comprado á un precio exorbitante las pieles que un mercader llevó á Pavia. Convidólos á una cacería; vino de improviso una grande tempestad, y todos buscaron asilo en un salon donde se agruparon en derredor de la chimenea calados de agua, á pesar de sus hermosas piletas. Entonces Carlo-Magno enseñó riéndose la suya de cordero y les dijo:

—Dos sueldos me ha costado, y me ha hecho mejor servicio que las vuestras que han costado un tesoro.

Efemerides astronómicas.

AL TIEMPO MEDIO.

Día 31. Sale el sol á las 7 y 24 m., se pone á las 4 y 42 m. El 18 de la luna; aparece á las 8 y 3 m. de la noche, y se oculta á las 9 y 22 m. de la mañana. El día dura 9 h.,

Calendario de la Semana.

SANTOS NACIONALES Y ESTRANGEROS.

Lunes 31 de diciembre. San Silvestre, confesor, santa Columba, portuguesa, santo Domingo, mártir de Zamora, y san Severino, abad. Es día de misa de precepto; pero se puede trabajar.

Martes 1.º de enero de 1850. La fiesta de la Circuncisión del Señor, santa Martina, virgen, san Corcordio, mártir, san Justino, obispo, san Odilon, obispo de Cluni, san Trifon, obispo de Baeza y mártir, san Fulgencio, obispo de Cartago, y el beato Bonifacio Florentino, del orden Servita.

Miércoles 2. El aniversario de la venida de Maria Santísima del Pilar, en carne mortal, á Zaragoza, san Isidro, obispo y mártir, santos Macario, Martiniano y Corcórdio, mártires, san Badulfo, confesor, san Adelardo, abad, monge benito, la beata Estefania de Soncino, tercera de la orden de santo Domingo, y los santos hermanos mártires, milaneses, Narciso, Argeo y Marcelino.

Jueves 3. San Antero, papa y mártir, santa Genoveva, virgen, san Florencio, obispo de Viena, santa Farciles, virgen, y san Daniel, mártir de Pádua.

Viernes 4. San Aquilino y compañeros mártires, san Tito, obispo de la isla de Creta, santa Drafoza, mártir, san Timoteo, obispo, san Rigoberto, obispo y confesor, san Simeon Stilita, santos Prisco, presbítero, Prisciliano, diácono, y Benita, religiosa, ambos mártires.

Sábado 5. San Telesforo, papa y mártir, santa Emilian, virgen, santa Apolinaria, san Uldarsio, san Simeon, monge, san Flamidiano, catalán, Santiago, presbítero, san Uldarico, conde de Tiburg y obispo. Es vigilia.

Domingo 6. La fiesta de la Epifanía del Señor ó sea la adoración de los Santos Reyes, san Dimano, obispo, santa Macra, virgen y mártir, y la beata Florentina.

Gacetilla devota de la capital.

Día 31. En la iglesia parroquial de san Luis, se celebra á Nuestra Señora de la Caridad, y mañana, á las nueve y media, procesion con el niño Dios del Remedio, que lleva la anual comida á dos salas del hospital general. En la iglesia del hospital de Monserrat, gran funcion de accion de gracias á san Antonio, por mañana y tarde. En la de santo Tomás, el mensual culto á Maria Santísima del Amor Hermoso. En la parroquia de san Millan, continua la novena á Nuestra Señora de Belen, por la tarde. En las iglesias de san Isidro, Buen Suceso, Capilla real, Encarnación, Carmen y en las parroquias, misa cantada á las 10. En la de san Ginés, ejercicios extraordinarios por la tarde en accion de gracias por la feliz terminacion del presente año. Y en la bóveda por la noche, los respectivos de instituto.

Día 1.º de enero de 1850. En la parroquia de santa

Escenas de la vida positiva.



—Vengo á almorzar contigo.

—Me alegro.

—A comer contigo.

—Bien.

—A dormir contigo.

—Diablo!!!

Maria, será la fiesta mensual á la santísima Virgen de la Almodena, su augusta titular, y por la tarde ejercicios. En la iglesia de señoras comendadoras de Santiago, solemne fiesta al Santo Niño (llamado el Montañés). En san Antonio de los Portugueses se festeja á su santo titular como todos los martes, solo por la mañana. En las parroquias, Capilla real, Encarnación, san Isidro, Buen Suceso, Carmen, santo Tomás y en otras iglesias, misa solemne en celebracion del misterio del día. En la V. O. T. de Servitas, Chamberí y en el oratorio de Cañizares, ejercicios por la tarde como día festivo que es. En san Ginés, funcion todo el día al Santísimo Sacramento. En santo Tomás y Rosario, procesion con el niño Jesus.

Día 2. En las iglesias de Monserrat, plazuela de Anton Martin y en san Justo, se celebrará á Maria Santísima del Pilar, en memoria de su gloriosa aparicion y venida en carne mortal á Zaragoza. En la capilla del Monte de Piedad, por la tarde y en la bóveda de san Ginés, por la noche, ejercicios espirituales como todos los miércoles.

Día 3. En la Capilla de Palacio, comenzará el triduo que todos los meses á Jesus sacramentado, todo el día. En santa Cruz, santa Maria, san Justo, san Pedro, san Lorenzo, san Isidro y en san Ginés misas de renovacion al Santísimo, como todos los jueves.

Día 4. En la capilla de Jesus Nazareno, se celebrará á su sagrada imagen, por mañana y tarde (segun costumbre). En el monasterio de Salesas del Barquillo, como viernes 1.º de mes, habrá ejercicios en honor del sagrado Corazon de Jesus. En el convento de Trinitarias, por la tarde, oratorio del Olivar y bóveda del Cristo de san Ginés, por la noche, serán los respectivos ejercicios de instituto. En la comunidad de Arrepentidas y V. O. T. de Servitas, el viacrucis por la tarde. Y en la parroquia de san Marcos esposicion del Santísimo hoy y mañana. El último con procesion de reserva por la tarde.

Día 5. En las parroquias, san Isidro y Capilla real, visperas por la tarde á los santos Reyes y solemnes matines esta noche en la de Palacio. En san Ginés, esposicion del Santísimo todo el día. En los conventos de religiosas Mercenarias, santo Domingo, santo Tomás, san José, Desamparados, Atocha, Escuelas Pias, Recogidas, Rosario, Nuestra Señora de Gracia, Portugueses y en santa Maria, se tendrá el culto que todos los sábados á Maria Santísima.

Día 6. En la capilla del real palacio, asistirán SS. MM. á misa solemne de pontifical en obsequio del día. En dicha parroquia de san Ginés, funcion de desagravios al Santísimo, siendo por mañana y tarde. En la de san Justo, será la última misa de aguinaldo y por la tarde ejercicios: habiendo en ambas partes adoracion del niño Jesus. En las ya citadas iglesias los demas días festivos, se cantará la misa mayor con la solemnidad posible. En san Millan concluirá la novena de Belen, por la tarde. En los Servitas, Arrepentidas, oratorios del Espiritu Santo, Cañizares y Caballero da Gracia, Salesas nuevas, san Pedro, Capilla de la Orden Tercera de san Francisco y en la de Chamberí, ejercicios por la tarde. En san Francisco el Grande, rosario cantado, letania y salve á Nuestra Señora de las Flores. En santo Tomás y Rosario, procesion con Nuestra Señora como todos los meses. Y en la parroquia de san Martin; solemne salve por la noche en preparacion al anual setenario de la virgen del Destierro.

18 m.; la noche 14 h., 42 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 3 m. y 24 s.

Día 1.º de enero. Sale el sol á las 7 y 23 m., se pone á las 4 y 43 m. El 19 de la luna; aparece á las 8 y 32 m. de la noche, y se oculta á las 9 y 37 m. de la mañana. El día dura 9 h., 18 m.; la noche 14 h., 42 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 3 m. y 32 s.

Día 2. Sale el sol á las 7 y 23 m., se pone á las 4 y 43 m. El 20 de la luna; aparece á las 8 y 32 m. de la noche, y se oculta á las 10 y 17 m. de la mañana. El día dura 9 h., 18 m.; la noche 14 h., 42 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 4 m. y 20 s.

Día 3. Sale el sol á las 7 y 23 m., se pone á las 4 y 43 m. El 21 de la luna; aparece á las 10 y 43 m. de la noche, y se oculta á las 10 y 32 m. de la mañana. El día dura 9 h., 20 m.; la noche 14 h., 40 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 4 m. y 48 s.

Día 4. Sale el sol á las 7 y 23 m., se pone á las 4 y 43 m. El 22 de la luna; aparece á las 11 y 49 m. de la noche, y se oculta á las 11 y 25 m. de la mañana. El día dura 9 h., 20 m.; la noche 14 h., 40 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 5 m. y 15 s.

Día 5. Sale el sol á las 7 y 23 m., se pone á las 4 y 47 m. El 23 de la luna; aparece á las 8 y 23 m. de la mañana, en Libra; fuertes frios; aparece á las 11 y 32 m. de la noche, y se oculta á las 11 y 37 m. de la mañana. El día dura 9 h., 22 m.; la noche 14 h., 38 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 5 m. y 42 s.

Día 6. Sale el sol á las 7 y 23 m., se pone á las 4 y 47 m. El 24 de la luna; aparece á las 12 y 6 m. de la noche, y se oculta á las 12 y 28 m. de la mañana. El día dura 9 h., 22 m.; la noche 14 h., 38 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 6 m. y 9 s.

DISTRIBUCION DE CUARENTA HORAS.

Se ganará la indulgencia plenaria de este santo jubileo circular en las iglesias siguientes. 1 y 2 de enero, en santa Maria; 3 y 4 en san Marcos; 5 y 6 en san Ginés.

Funciones de iglesia fuera de la corte.

Día 1.º de enero. En la Alameda (al Misericordio del día). **Día 4.** A santa Maria de Nieva; en su iglesia del mismo pueblo, en memoria de su gloriosa aparicion en tal día como hoy.

LOGOGRIFO.



La solucion en el número inmediato.

SOLUCION DEL INSERTO EN EL NÚMRO ANTERIOR.
LOS ACONTECIMIENTOS DE ITALIA LLAMAN LA ATENCION DE EUROPA.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 8.